

ANALES DEL ATENEO

DEL URUGUAY

AÑO II — TOMO III

MONTEVIDEO, SETIEMBRE 5 DE 1882

NÚMERO 13

La novela experimental

POR EL DOCTOR DON JUAN CÁRLOS BLANCO

Señores:

Puede decirse que cada día trae un cambio futuro por inapercibido que pase en el momento de su aparición. Latente hoy, se hace sensible mañana y cuando llega á su mayor desarrollo, estiende sus efectos por todas partes con mas ó menos intensidad.

No ha transecurrido largo tiempo todavía, de la época en que el entusiasmo, esa forma exaltada de sentir, era el motor de las acciones, dominaba la generalidad de los espíritus y elevaba el pensamiento á regiones etéreas para buscar allí la esplicacion ó el misterio indescifrable de las cuestiones en controversia.

Entonces, se argumentaba á *priori* en religion, en filosofía y hasta en los actos mas generales de la vida.

Las cosas han cambiado.—Hoy se argumenta á *posteriori*; hoy se argumenta con la ciencia y con el hecho—No investigo el origen, ni es mi objeto tampoco decidirme en favor del ayer ó del presente.—Consigno la mutacion operada, nada mas.

Se argumenta de ese modo, decia, en todas las materias.—El elemento originario de la transformacion se ha desarrollado poderosamente, amenazando constituirse en dominador absoluto.

No solo en las ciencias exactas y de observacion experimental, se argumenta con la ley correlativa y con el hecho, sino tambien en política, en moral, en literatura y finalmente en todo aquello, ideas ó actos, que pueda ser objeto de juicios.

Por estension de su sentido propio, se ha adoptado una palabra para designar la nueva corriente de opiniones—*positivismo*.

Mal político, el que no sea positivo, práctico; mal ciudadano, el

que tampoco lo sea; lírico, el que en moral desdeñe el positivismo, y por último, el literato y la obra de arte, deben ser igualmente positivistas.

Prescindiré por el momento de toda referencia á la moral y la política, como también á la filosofía, para contraerme á los principios del positivismo en literatura.—Por lo demás, no soy ideólogo, y si de aquellas cuestiones tratara, no negaría lo que la realidad exige que se le reconozca.

Es, por tanto, de una cuestión literaria que me propongo disertar, como lo indica el tema elegido, sometiendo á vuestro criterio las consideraciones que me sugiere.

Con esa palabra—*positivismo*—que en literatura se convierte en esta otra—*naturalismo*—se ha llegado á las más increíbles extravagancias.

Alejandro Dumas, por ejemplo, el genio de la novela en este siglo, es calificado de mero narrador, aunque fecundo, por lo mismo que no ha sabido hacer más que cuentos.—Eso dicen los críticos que se inspiran en las corrientes dominantes.

Larra afirmaba, sin embargo, que Dumas conocía el corazón humano, mejor que Víctor Hugo, y que le igualaba en la acción dramática de sus creaciones en prosa.

Pero ¿á qué citar á Larra y nombrar á Víctor Hugo?

El «Macías» del primero no pasa de una sinfonía insostenible sobre amores imposibles, y «L'homme qui rit» del gran poeta, como «Notre Dame», esas colosales creaciones, no son más que colosales absurdos.—Se hallan desmentidas por el hecho. Esta es otra afirmación del naturalismo literario.

Si la novela no se encuentra en Dumas, en Víctor Hugo y en Jorge Sand, ¿dónde es que existe?

Allí donde exista el hecho real, el hombre tal cual lo dá la ciencia, responde el naturalismo.

Planteadas así la cuestión, dos caminos se ofrecen para discutirla: colocarse en una escuela literaria y combatir la otra ó ir directamente á los principios de la que quiere erigirse en inspiradora de la literatura moderna, á título de positivista y de tener á su favor el argumento del día, esto es, el hecho.

Designado el tema de esta disertación, he preferido seguir en su desarrollo el segundo de esos procedimientos.—Espresaré brevemente las razones.

Desde luego, por no salir de la realidad, puesto que con la rea-

lidad se combate; por oponer al argumento positivo, otros de igual carácter, y, si me era posible, el dato científico, al enunciado de idéntica naturaleza.

Después, he deseado evitarme el reproche de idealista que en otro caso pudiera hacerme, para dar por sentado mi desconocimiento de las realidades que se tocan.

Por esto mismo, he optado por la forma escrita que se presta menos que la oral al movimiento oratorio y á la eufonía de la frase.—He tratado, por último, de colocarme en el terreno de los hechos, dejando de lado el de las abstracciones, ya que intentaba analizar los fundamentos de un género literario que quiere imponerse en literatura, cual lo pretende la novela experimental, en nombre del hecho, de la verdad y de la ciencia, bases ostensibles del naturalismo.

Señores:

Las novelas de la escuela experimental nos ofrecen una particularidad que llama desde el primer momento la atención:—la particularidad de ciertos tipos y caracteres singularísimos, como *Me. Bovary*, *Frederic Moreau*, *Jeoffren*, *Muffa* y otras creaciones de igual género.

El realismo no peca por amigo de ficciones—Lejos de eso, su tendencia lo lleva al extremo opuesto.

La trama y la agrupación de accidentes son sin duda producto de la invención artística, pero la vida, la acción por decirlo así, que desarrollan los personajes, deben identificarse con la realidad, en concepto de la escuela, si es que no son la realidad misma.

A qué insistir más, sin embargo?

Zola, Goncourt y Leon Hennique proclaman bien alto que sus tipos son tomados de la realidad viviente, de esa realidad que nos rodea por todas partes y que obstruye el tránsito en las populosas ciudades, desbordándose en los boulevares de París, y en las orillas del viejo Támesis.

No hay plantas exóticas, ni de aclimatación, se dice.—La vegetación, según las zonas; el hombre, según el medio ambiente y el medio social, zonas de la humanidad.

Luego, señores, cuando abrimos un libro de la literatura experimental, hemos de encontrarnos seguramente con una página sociológica, con un *documento* humano, que ésta es la palabra gráfica empleada por el naturalismo literario para espresar mejor la idea de verdad y realidad atribuida á sus creaciones.

El *documento* geológico se encuentra en las capas inferiores de la tierra, pero también en las enhiestas cumbres, abiertas á los impetuosos vientos y á los rayos de ardiente sol.

¿Por qué el *documento* humano ha de surgir tan solo de la cuenca fangosa? Por qué ha de ser la personificación del instinto, la béstia con envolturas de mujer ó el hombre béstia?

Hé ahí el problema que la literatura naturalista arroja á la discusión contemporánea.

Resolverlo en uno ú otro sentido, importa aceptar ó rechazar este aforismo del autor de Pot-Bouille: que tanto la novela, como la literatura en general, deben ser experimentales, á menos de no existir.

Se comprende la creación de uno de esos personajes especiales.—La fantasía del artista podría servirnos de explicación particular en un caso dado. Se comprende también que rechazándose esta explicación, por rechazarse la fantasía y la imaginación, como musa inspiradora, se argumentase con la naturaleza, diciéndose que de su estudio ha surgido la obra literaria sometida á exámen.

Todo esto se comprende sin esfuerzo;—cualquiera de esas explicaciones nos satisface, aunque pudiéramos limitar su alcance; pero donde la cuestión se hace oscura y el problema se complica, es allí donde aparece la persistencia de la misma tela que ha de vestir los personajes, de análogas pasiones que han de agitarlos, de semejantes sino idénticas acciones que han de ejecutar, como movidos por únicos y exclusivos móviles y como incapaces de moverse á impulso de cualesquiera otros.

Recordad las obras más en boga de la literatura experimental y podreis comprobarlo.—Las pasiones puestas en juego, la acción dramática desarrollada, llevan en general los nombres de escepticismo, delirios insanos, concupiscencia, imbecilidad,—en una palabra—deformidades del cuerpo y del pensamiento, desgarramientos dolorosos del hombre.

Balzac creyó apurar la realidad con Me. Marneffe y el Baron Hulot.—El autor de la «Comedia Humana» no pudo imaginarse jamás, que esos tipos del más estremado realismo llegaran á espiritualizarse ante la aparición de sus descendientes bastardos Nana y el Conde Muffat.

Pero si Balzac nos hizo palpar lo horrible humano en la «Cousine Betto», también nos condujo hasta la altura y hasta la plena luz en «Le Cousine Pons», tipo de sublime bondad, y en la misma

Me. Hulot, esposa que soporta silenciosa, como esclava aherrojada á los pies de su señor, todos los dolores y todas las amarguras que pueden lacerar un pecho de mujer.

En la novela experimental contemporánea, no busqueis el claro-oscuro, no busqueis esa transición, esas dos fases de la humanidad.—No hay más que una y esta misma se halla muy distante del realismo de Balzac, porque lo supera en la materialidad de la acción y en el sombrío colorido de los personajes.

La acción y los personajes se desarrollan aquí, como lo habreis recordado, en la tela del egoísmo, la demencia y los apetitos carnales.

La crítica ha tomado parte en el debate y tratado de resolver el problema propuesto sobre el *documento* humano, que nos presenta la escuela experimental.

Unos, examinan tal obra de Flaubert para condenarla en nombre del propio realismo; otros, una novela de Zola, para abominarla por igual razón y negarle estas ó aquellas condiciones artísticas.

Por mi parte, no me persuado de la eficacia de eso proceder.

El ataque ha sido previsto por los novelistas criticados.

Nuestras obras, dicen, adelantándose á la crítica de detalle, serán todo lo malo que se quiera, pero esto no destruye la excelencia de la novela experimental.

Uno de nosotros, agregan, un novelista de nuestra escuela, vendrá más tarde y hará la obra maestra.—Combatan nuestro método, esclaman por último, que es allí donde está nuestra fuerza y la demostración de las verdades que proclamamos.

Si altiva es la réplica, nadie podrá tacharla de infundada.

En efecto, la persistencia de determinados caracteres, las múltiples encarnaciones de un mismo espíritu en diversas obras acusan una ley preestablecida, una concepción determinada de la humanidad, y todo lo que no sea examinar esa concepción y esa ley, es dar vueltas alrededor de la cuestión sin resolverla.

Jules Goncourt era un gran estilista.—Combatir sus romances en nombre de la estética, es provocar una discusión estéril.—Las hipérboles que se hagan para demostrar que la imaginación es la facultad creadora de la obra de arte, serán rebatidas con las excelencias de la observación y la experiencia, resortes soberanos de la producción literaria en la escuela experimental y con admirables narraciones, verdaderas maravillas de estilo.

El arte mismo no puede ser invocado como autoridad decisiva.

Qué entendeis por arte, cómo concebís al artista? pregunta el naturalismo.—Dad la respuesta que queráis, responded señalando á Lamartine ó á Carlyle, citando á Graziela ó "Past-and Present," el naturalismo os dirá que eso es pura música, que el arte y la literatura deben ser experimentales, y el artista, un sábio experimentador, como cualquier otro.

De ambos lados se hablan lenguas distintas y es imposible ponerse de acuerdo los interlocutores.

Menos posible es llegar al convencimiento de uno de ellos.

Igual ineficacia produce invocar los procedimientos de los maestros.

Leía yo recientemente en la ilustrada "Revista del Plata", un estudio de Gonzalez Serrano combatiendo el naturalismo con la autoridad de la *preceptiva*, y recordaba el desden con que los novelistas experimentales hablan de la *preceptiva* y de la retórica.

El ataque en ese terreno no logra siquiera inquietarlos y en verdad que tienen razon para permanecer tranquilos.

A Víctor Hugo, pueden observar los naturalistas, se lo atormentaba allá por el año 1830 con la unidad de accion y la medida de tiempo y los recatos de la lengua francesa, castísima Susana del clasicismo de entonces, y Víctor Hugo triunfaba en el teatro y en la poesía, con las audacias de su palabra y los transportes arrebatados de su lira.

Nada nos importa de la retórica y de la *preceptiva* idealista, afirma á su vez con arrogancia la escuela experimental.

El naturalismo, repito, tiene su fuerza y su excelencia, en lo que *es*, en la verdad, en la realidad, en la naturaleza humana y no en el lirismo de la frase ni en las armonías de Verdi, *que ya deben ser desterradas de la literatura contemporánea*.

Para entendernos, pues, con los sectarios de la moderna escuela y poder buscar una solucion al problema que plantean, es necesario ante todo que hablemos su propio lenguaje, que abandonemos por el momento toda idea preconcebida y vayamos á los fundamentos del naturalismo, dejando de lado las cuestiones de detalle sobre descripciones, retóricas y preceptivas.

Hé aquí expresado el objeto de esta conferencia. No sé, señores, si podré llenarlo debidamente, pero de todos modos, siempre habré iniciado un debate que se hará interesante por los nuevos combatientes que suban á esta tribuna, y que á mí, humilde admirador del arte bello, como á tantos otros, cultores distinguidos del pensamiento, nos consolará con ese dulce consuelo que las letras jamás

niegan á los que buscan en su refugio un lenitivo para los oprobios sin nombre que en ciertas épocas afligen á los pueblos, torturando el alma de los ciudadanos.

La novela, la literatura, la República misma, serán experimentales ó no existirán. Este es el aforismo del autor de Pot-Bouille que os acabo de recordar.

Nadie disputa á Emilio Zola el puesto de jefe del naturalismo literario y es él mismo, por otra parte, quien se califica de portestandarte de la escuela, llevándolo bizarramente, justo es decirlo.

A su preeminencia de literato y novelista, agrega la de doctrinario, la de codificador, mejor dicho, de las nuevas leyes literarias.

A esta magna empresa ha dedicado un libro, donde luce todas sus galas de consumado estilista, todo su genio de pensador y todo el calor, el nervio, la burla y la dialéctica de un abogado que quiera ganar su causa.

Es un espectáculo soberbio. verlo luchar infatigable contra los poetas, los retóricos, los clásicos, los músicos, los románticos para defender el naturalismo y fundarlo en sólidas bases. Ese libro, que abarca tal tarea, es "Le Roman Experimental."

Dice el célebre novelista que sólo quiere tratar una cuestion de método y que es ella únicamente la que explica el naturalismo y lo separa á la vez de la escuela idealista, pero pronto os apercibís de que la cuestion es de otro orden, de que no se trata de métodos literarios, sino de principios fundamentales sobre el concepto de la vida sociológica y la conciencia humana.

¿Conocéis, pregunta Zola, la transformacion operada en el campo científico con la obra de Claudio Bernard, "Introduccion á la medicina experimental"? Pues igual transformacion y por igual procedimiento, se propone realizar el naturalismo en el campo de la literatura.

Heos aquí, señores, en la verdadera cuestion que debemos tratar para inquirir la solucion del problema sobre el documento humano, propuesto por la escuela experimental.

La obra del eminente fisiólogo ha causado en efecto una gran transformacion en el campo de las ciencias.

Despues de sus admirables trabajos de viviseccion, anatomía, fisiología y otros de igual aliento sobre las ciencias biológicas en general, Claudio Bernard termina la gran labor de su vida, estableciendo los fundamentos del método fisiológico y escribiendo la "Introduccion á la medicina experimental," que ha sido comparada por

las revelaciones que encierra y por los nuevos horizontes que abre, á los nuevos métodos de Bacon y Descartes en el siglo XVII.

Hojead esa magna introduccion y vereis cómo la luz brota á raudales de sus páginas. En cada una, encontrareis una sabia enseñanza; en cada línea, un pensamiento que os hará meditar.

Claudio Bernard quiere hacer una ciencia de la medicina, sacándola del empirismo para asentarla sólidamente en el terreno científico; quiere que proceda por la observacion y la experiencia, como la física y la química en el estudio de los cuerpos brutos.

La medicina, dice, no debe ser vitalista, ni animista, ni organicista, ni humana, sino simplemente "la ciencia que tienda á remontarse á las causas próximas de los fenómenos de la vida en el estado sano y el morbo." "

Esas causas próximas de los fenómenos de la vida, condiciones de su existencia, es lo que llama determinismo fisiológico.

Para que se opere esta ó aquella transformacion en un cuerpo bruto, es necesario que se realicen estas ó aquellas condiciones físicas ó químicas. Pues para que se produzca tal ó cual fenómeno en los cuerpos vivientes, expresa Claudio Bernard, es necesario tambien la preexistencia de tales ó cuales causas físico-químicas, que son las que establecen su determinismo.

No creais, señores, que me distraigo del asunto de esta conferencia, porque así me detenga en una materia estraña á la literatura. Necesito sentar ciertos precedentes para volver despues al naturalismo literario y esto os explicará cualquier digresion momentánea que pueda imponeros.

Pidiéndoos, pues, nueva disculpa por reincidir en la misma falta, permitidme continuar en las referencias á la medicina y en algunas citas que juzgo necesarias á mi propósito.

El gran fisiólogo francés se propone explicar lo que debe entenderse por determinismo, y lo hace de esta manera.

Oigamos, señores, sus magistrales palabras:

" Podemos producir ó impedir la aparicion de los fenómenos, dice, aún cuando ignoremos la esencia, porque solo podemos arreglar sus condiciones físico-químicas. Ignoramos la esencia de la luz, del fuego, de la electricidad, y, sin embargo, arreglamos los fenómenos en nuestro provecho. Ignoramos completamente la esencia misma de la vida, pero no arreglamos por eso menos los fenómenos vitales desde el momento en que conozcamos suficientemente sus condiciones de existencia.

" Únicamente, en los cuerpos vivientes, estas condiciones son mucho más complejas y más delicadas de apreciar que en los cuerpos brutos; ésta es toda la diferencia. En resumen: si nuestro sentimiento plantea siempre la cuestion del *por qué*, nuestra razon nos muestra que la cuestion del *cómo* es la única que está á nuestro alcance. Por el momento, es la cuestion del *cómo* lo que interesa al sabio experimentador.

" En los conocimientos que podemos adquirir, debemos distinguir dos órdenes de nociones: unos responden á la causa de los fenómenos y otros á los medios de producirlos. Entendemos por causa de un fenómeno la condicion constante y determinada de su existencia; es lo que llamamos el determinismo, ó el *cómo* de las cosas, es decir, la causa *próxima* ó determinante. "

Ahí teneis claramente espresado lo que entiende Claudio Bernard por determinismo ó causa *próxima* de los fenómenos.

Su investigacion, es la que recomienda al sabio experimentador.

Por eso, establece que la medicina y en general las ciencias fisiológicas deben proceder por la observacion y la experiencia, esto es, por la investigacion de las causas inmediatas y por la reproduccion voluntaria de esas mismas causas, para fijar con toda seguridad el determinismo de cada fenómeno.

El *cómo* de las cosas, repite, y no el *por qué* es lo que conviene investigar, lo que constituyo ante todo el objeto de las ciencias, y para evidenciar mas este principio, os citaré dos ejemplos que el mismo autor aduce, uno relativo á los cuerpos brutos y otro á los cuerpos vivientes.

Dos volúmenes de hidrógeno y uno de oxígeno forman el agua. Estas son las condiciones de la produccion del fenómeno, sus causas próximas, su determinismo, en una palabra. *Por qué* se forma el agua en tales condiciones, no lo sabemos. Conocemos el *cómo*, nada mas.

Pasemos al otro ejemplo de los cuerpos vivientes. Es una de las numerosísimas experiencias del sabio médico.

La picadura de la base del cuarto ventrículo en un animal, le vuelve artificialmente diabético. *Por qué* se produce la diabetes? La ciencia lo ignora; lo que sabe es *cómo* se verifica el fenómeno, produciéndolo á voluntad en las condiciones requeridas.

Y, ahora, señores, cuando me veis detenerme tanto en referencias á la medicina y á la biología, creereis sin duda que me separo de mi tésis, que estoy muy distante del objeto de esta conferencia?

Pues, aunque lo tomeis á paradoja, os diré que estoy dentro de la cuestion, que estoy esponiendo los fundamentos de la novela experimental, y no ocupándome de ciencias médicas ó biológicas, en las cuales creo escusado confesar mis escasos adelantos.

El filósofo del naturalismo literario, es quien vá á suministraros la prueba de que no hay paradoja de mi parte.

Habéis oído á Claudio Bernard y no me habéis de negar vuestra benevolencia para escuchar á Emilio Zola.

“ He dicho ya, es Emilio Zola el que habla, que en la novela experimental, lo mejor era atenernos á este punto de vista, estrictamente científico, si queremos basar nuestros estudios en terreno sólido: No salir del *cómo*; no inclinarse al *por qué*. “

Lo veis, señores? Tenemos ya en literatura el mismo principio que en las ciencias biológicas y fisico-químicas: “ No salir del *cómo*; no inclinarse al *por qué*. “

Sigamos, sin embargo, escuchando un momento más al genio de la escuela experimental.

Va á darnos la definición del novelista. “ El novelista, dice, es pues aquel que acepta los hechos probados, que muestra en el hombre y en la sociedad el mecanismo de los fenómenos de que la ciencia es dueña y que no hace intervenir su sentimiento personal, sino en los fenómenos cuyo determinismo no se halla todavía fijado, tratando de comprobar lo más que lo sea posible ese sentimiento personal, esa idea *a priori* por la observacion y la experiencia. “

Eso es el novelista. Y la novela, qué es? Esto otro: “ Volviendo á la novela, vemos igualmente que el novelista se compone de un observador y de un experimentador. El observador dá los hechos tal como los ha observado, fija el punto de partida, establece el terreno en que han de moverse los personajes. Despues, el experimentador aparece ó instituye la experiencia, quiero decir, hace mover los personajes en una historia particular para demostrar de ese modo que la sucesion de los hechos será tal como lo exige el *determinismo* de los fenómenos sujetos á estudio. “

Acabamos de ver lo que es la novela y el novelista en la escuela experimental.

Pasemos al concepto sobre el hombre.

Cómo se considera el hombre por el filósofo del naturalismo literario? De este modo y en estos expresivos términos: “ El hombre metafísico *ha muerto*. Todo nuestro terreno se transforma con el hombre fisiológico. “

Si deseais mas claridad, escuchad estos otros: “ Un mismo determinismo debe rejir *la piedra de los caminos y el cerebro del hombre*. Hay determinismo en sus fenómenos, pero *no libre arbitrio*. “

Tenemos ya los conceptos naturalistas de la novela, el novelista y el hombre, pero nos falta el de la sociedad para completar el cuadro de la humanidad y del arte experimental.

Veamos cuál sea ese concepto. “ Para el fisiólogo, dice Zola, el medio exterior y el medio interior son puramente físicos y químicos, lo que le permite encontrar las leyes fácilmente. No estamos en aptitud, signo diciendo, de poder probar que el medio social no sea tambien, á su vez, físico y químico. Lo es, á no dudarlo, ó mejor dicho, es el producto variable de un grupo de seres vivientes que se hallan ellos mismos absolutamente sometidos á las leyes físicas y químicas que rijen así los cuerpos brutos, como los cuerpos vivientes. “

Aunque estas palabras no pecan de oscuras, voy á valerme de un símil que evidenciará mas su sentido.

Así como el calor ó una combinacion química dada origina la produccion de tal fenómeno en un cuerpo bruto, la misma causa ó otra distinta, pero de idéntica naturaleza fisico-química, origina tal otro del orden fisiológico y del orden moral en el hombre, y, por influencia de los seres humanos entre sí, en la sociedad ó medio social, que al fin y al cabo viene á quedar sometida por accion refleja á las leyes físicas y químicas, de que habla Zola.

Con la antecedente referencia y con este ejemplo que me he permitido aduciros para aclarar la idea que encerraban los conceptos del escritor naturalista, he terminado, señores, el paralelo de doctrinas que necesitaba establecer antes de pasar adelante en este trabajo, tan desprovisto de seducciones, no obstante mis esfuerzos para hacerlo ménos ingrato, que temo llegue á fatigar vuestra atencion, siempre excesivamente benévola para los que se hallan en caso semejante al mio, pero de la cual no debo yo abusar.

He terminado, decía, la comprobacion que me era necesaria, y ahora, escusadme si os vuelvo á recordar que no había paradoja de mi parte al afirmaros que cuando esponía las doctrinas de Claudio Bernard sobre el estudio de las ciencias biológicas, no hacía otra cosa que esponer los fundamentos de la literatura experimental, de la escuela naturalista y del documento humano que ésta nos presenta en sus obras mas afamadas.

Pero quiero haceros notar tambien, para concluir este paralelo, la diferencia que separa al sabio experimentador del literato experimental, ya que conocemos la aplicacion de las doctrinas del primero á los fundamentos de la literatura naturalista.

Es una diferencia de detalle, casi infinitesimal, como vais á verlo.

El jefe del naturalismo se muestra mas realista que el rey, es decir, mas realista que Claudio Bernard, gloriosa magestad en los dominios de la ciencia por derecho de sabiduría.

Habla el maestro del método experimental; insiste con profundos razonamientos sobre el principio de que en las ciencia biológicas hay que atender ante todo al *cómo* de las cosas y no al *por qué*, pero hace en seguida esta elocuente y significativa salvedad que, viniendo de quien viene, acrece en importancia. " Me limito á añadir—notad bien, señores, estas palabras, — me limito á añadir, " dice Claudio Bernard, para evitar una confusion que se ha cometido muchas veces, que yo hablo solo aquí de la evolucion de " la ciencia.

" Para las artes y las letras, la personalidad todo lo domina. Se " trata en ellas de una creacion del espíritu, y esto, *nada tiene de* " *comun* con la comprobacion de los fenómenos naturales, en los " que el espíritu nada debe crear. Un poeta contemporáneo ha caracterizado este sentimiento de la personalidad del arte y de la " impersonalidad de la ciencia en estas palabras: El arte es el *yo*, " *la ciencia es nosotros.* "

Qué os parece, señores, de la pequeña, de la insignificante diferencia que separa al sabio experimentador del literato experimental?

Claudio Bernard, invocando la autoridad de los poetas en la creacion artística, y Emilio Zola, la de los fisiólogos!

Aquel, caracterizando la obra literaria por la personalidad del escritor, por el *yo*, y éste, por la observacion y la experiencia y el determinismo de los fenómenos.

No es cosa de admirar, señores, que en el mismo autor donde se va á buscar los fundamentos de la literatura, encontremos la afirmacion de que esos fundamentos no son aplicables á la literatura, sino á la ciencia?

Quiero abstenerme, sin embargo, de insistir sobre tan trascendental salvedad. La anoto simplemente, que esto basta á mi propósito, para completar la esposicion de doctrinas que vengo haciendo.

El análisis en que hemos entrado nos suministra con toda claridad el concepto cuya significacion buscábamos, el concepto del naturalismo sobre la novela y la obra literaria en general.

Tenemos que la novela debe ser un transunto de la realidad, y cuando desarrolle un drama de la vida humana, debe reflejar esa vida tal cual es, sin ningun dato de la fantasía, sin remontarse á causas lejanas para buscar en ellas el móvil de la accion, porque este ha de encontrarse ante todo en las causas inmediatas y en el hombre fisiológico.

En cuanto al hombre mismo, hay que tomarlo y juzgarlo, como lo toma y juzga la ciencia que se ocupa del estudio de los seres vivos, estándose siempre á sus datos comprobados y á sus últimas revelaciones.

La novela, en una palabra, debe ser una observacion *provocada* artificialmente para instituir una esperiencia con todas las condiciones de seguridad con que se procede á una viviseccion en el anfiteatro de una academia ó en el laboratorio de un sabio.

Si todo esto es la novela, en el concepto naturalista, si todas estas condiciones pueden llenarse en su creacion, como lo supone la teoría de Zola, ¿á cuál resultado ha de llegar, á qué impresiones ha de conducirnos?

A las impresionas que produce la verdad en el espíritu que la contempla, al resultado de un estudio científico que se imponga á la inteligencia con igual autoridad á la de una demostracion matemática.

No creais que recargo los tintes para arribar á preconcebidas conclusiones.

El filósofo del naturalismo los sobrepasa en *colorido en una sola frase*. " La novela, ha dicho, tiene que ofrecer por resultado el *documento humano*. Por eso, es experimental. "

Y bien, señores, nadie ha puesto en duda jamás que el dato científico, llámese estudio fisiológico ó documento humano—porque en el caso hay sinonimia de términos,—nadie ha puesto en duda jamás, repito, que el conocimiento de la verdad, del hecho real ó moral científicamente demostrado, no sea un deseo ingénito de la vida intelectual, cuya satisfaccion es fuente de purísimos goces, pero nadie tampoco ha pensado hasta ahora que un caso médico, por admirable que fuera su enseñanza, ni un proceso judicial, por mas evidentes realidades que sus páginas encerrasen, pudieran abarcar todas las esferas en que giran las aspiraciones del ser humano en los ciclos de la literatura y el arte.

Mientras tanto, ¿qué es lo que proclama el naturalismo; cuál es su principio fundamental? Ya lo conocéis. La novela, dice, será experimental ó no existirá.

El principio, como veis, se desvanee por completo, así que lo examinamos de cerca.

Solo podría ser exacto, señores, á una condicion, á la condicion imposible de que la verdad científica fuera lo único que nos seduce en las letras, fuera la única satisfaccion que ellas pudieran darnos, y digo condicion imposible, porque para que se realizase sería necesario mutilar el hombre, suprimir de su organismo la sensibilidad y de su conciencia los impulsos que lo arrastran á un mundo poblado de ideales maravillas, mas hermoso, mas grande, mas sublime que todos los mundos que sus ojos perciben en la inmensidad de los espacios.

Grave error de observacion, señores, creer que el hombre es inteligencia pura.

El naturalismo, que hace alardes de observar á fondo, incurre en ese error al suponer que la verdad científica basta para llenar una literatura y para crear un género literario en que el sér humano desempeña el principal papel.

La verdad demostrada es sin duda la autoridad que á nuestra razon se impone y que nuestra razon busca infatigable para resolver los problemas que la asaltan, pero no es ella la esclusiva diosa del templo, ni su culto, el único que adora la humanidad.

Lo sabéis demasiado para que yo descienda á demostraciones que palpamos por el hecho de pensar y de sentir.

En la novela, como en toda literatura que repose sobre el drama humano, queremos que se refleje nuestra inteligencia, pero tambien nuestras pasiones, así las mas bajas, como las mas nobles y puras; buscamos la verdad, la verdad científica, si lo queréis, pero tambien lo desconocido, el mas allá de las cosas, algo que sublima al hombre, que lo eleva, que lo separa, siquiera sea momentáneamente, de las realidades de la vida con las cuales lucha día á día, cayendo hoy para levantarse ó desaparecer mañana.

Eso busca el hombre, porque así lo exige la complejidad de su naturaleza y eso debe ofrecerle la obra literaria que aspire á reinar como absoluta en el dominio de las letras.

La que no llene estas exigencias, como no las llena la novela del naturalismo que solo presenta por resultado el dato científico y por antecedentes el dato fisiológico, no puedo decir que fuera de su accion termina la literatura y que ésta dejará de existir si no se convierte en experimental y fisiológica.

Verifique primero el naturalismo su trabajo de conversion ó de

transformacion en el hombre, que despues admitiremos nosotros una literatura, no solo experimental, sino matemática, que es la expresion mas exacta y mas incontestable de la verdad pura.

Hasta que ese momento llegue y la transformacion se opere, hemos de poder observarlo con las páginas de la historia humana y los hechos contemporáneos, que si la fisiología avanza pasmosamente en el conocimiento de los fenómenos de la vida, el hombre fisiológico no ha reemplazado sobre la tierra al hombre metafísico y que reemplazarlo de ese modo, sería aniquilarlo, destruir su esencia.

Hasta entónces tambien, el aforismo de Zola no puede lucir en su estandarte, pero, ¿no por eso, diréis acaso, dejará de ser la novela experimental una página de ciencia, un documento humano, ya que no sea, como lo pretende, la única que deba existir en literatura?

Que la novela, cuando la escriba Zola ó Flaubert, merezca cuantos homenajes se tributan al talento, es algo que demuestran, arriba de toda ponderacion, las numerosas obras del primero y los pacientes estudios del autor de Mme. Bovary.

No es esta, sin embargo, la nueva cuestion que acabamos de formular.

Esa nueva cuestion ó esa distinta faz del tema que vengo examinando, consiste en investigar si la obra naturalista realiza tan siquiera su propósito de *instituir* una experiencia realmente científica en sus antecedentes y resultados. Hemos visto ya que no puedo transformar un género de la literatura, sin mutilar el hombre; veamos ahora, si puede ofrecernos, como *hipotéticamente* lo habíamos admitido, la verdad científica y el dato fisiológico de que tanto blasona.

Desde luego, la escuela experimental sigue las huellas de la teoría evolucionista y aplica por consiguiente las leyes de la herencia y de la adaptacion para caracterizar los personajes que figuran en sus narraciones. Así lo proclama el jefe del naturalismo literario. Surje de esto, evidentemente, la necesidad de fijar la genealogía de esos personajes y las condiciones especiales del medio *cósmico* y del medio social en que aparecen.

Heos aquí, otra vez, señores, en los procedimientos de las ciencias biológicas.

Yo no dudo, y hasta ridículo me parecería cualquier duda despues de haber admirado las experiencias y los métodos de Claudio Bernard, que por tales procedimientos y mediante observaciones re-

petidas, *provocadas*, como dice el sabio médico, se llegue á caracterizar el estado particular que afecte un organismo dado de los seres vivos.

Haciendo extensivo el hecho á la novela, nos encontramos, sin embargo, con una primera dificultad: que la novela tiene que darnos cuenta de actos sociológicos y no puramente fisiológicos.

Pero, demos por vencida la dificultad; admitamos por un momento que así como se estudia y conoce una dolencia, se conoce y se estudia experimentalmente una pasión ó una manifestación cualquiera de la vida intelectual. No creais por esto, señores, que el camino queda allanado para la obra naturalista. Nuevas y más insuperables dificultades vienen á entorpecer su marcha en la conquista de la verdad científica.

Permitidme una vez más que invoque la autoridad de los maestros. El mismo Claudio Bernard dice que en muchos casos (cita algunos espresamente) el medio *cósmico* ó exterior no ejerce *ninguna influencia* en la producción de un estado fisiológico, ni en su desaparición.

¿Qué razón existe, señores, para que esto no sea verdad á propósito del personaje de una novela, especialmente si se atiende á que sus manifestaciones no son solo físicas, sino morales é intelectuales?

¿Qué razón puede darse para que la personalidad creada por el escritor siga la dirección inicial y no cambie, aunque permanezca inalterable el medio *cósmico*, como se cura ó enferma un individuo con prescindencia de la acción de ese medio?

Todavía puede darnos una respuesta el naturalismo. Puede decirnos que sus tipos se caracterizan no solo por el medio *cósmico* y el medio social, sino por las leyes de la herencia, y que estas los explican, cuando aquellos no basten. Creéis de este modo salvada esta segunda dificultad?

No lo está, señores, porque la teoría evolucionista admite con las leyes de la herencia y como una confirmación de estas el caso de atavismo, el salto atrás, que hace que dejenero un organismo de sus inmediatos ascendientes para aproximarse á otros lejanos en la escala de su filogenia.

¿Por qué, pues, el personaje creado ha de desarrollarse con arreglo á la herencia inmediata y al medio *cósmico* sin ofrecer el caso de atavismo, sin dejenerar de sus ascendientes próximos? ¿Por qué ha de estar, hecho todo de una pieza y marchando según esa di-

rección inicial, con solo decir que nació en tal parte, que se educó en tal otra y que estos ó aquellos fueron sus padres?

Sucede esto, acaso, en razón de que la ciencia lo exija?

Ya lo acabais de ver; la ciencia admite excepciones á las influencias del medio *cósmico* y á la conformidad con la ascendencia próxima.

Eso sucede, señores, porque así lo quiere y lo dispone el novelista en su facultad creadora. Hé aquí la única y soberana razón!

Pero, queda aún otra dificultad para poder instituir la página científica que quiere exhibirnos el naturalismo.

La novela experimental, como su nombre lo indica, no se propone consignar hechos históricos, de existencia y data conocidas, porque tanto importaría entonces hacer historia antigua ó moderna, sino narraciones de la vida humana en general, aunque tan prácticas y tan fisiológicas, como sea posible.

Pues bien, señores, á toda esa serie de obstáculos que os señalaba, agregad ahora lo que seguramente habreis alcanzado, adelantándoos á mi palabra, agregad la circunstancia decisiva de que el novelista no opera sobre el organismo vivo, como el fisiólogo, sino sobre una creación de su talento, sobre una personalidad imaginada, y vereis cuán imposible es que pueda revelarnos, no ya el secreto de los actos de razón y sentimiento, pero ni siquiera el dato científico y la página fisiológica, que se jacta de ofrecernos la escuela naturalista y que sin duda nos ofrece la ciencia, la ciencia únicamente, porque ella apoya su enseñanza en el escalpelo y en la vivisección, en los seres vivos y no en los seres fantásticos por más semejanza que guarden con la realidad.

Ni única, ni científica en el alcance dado á este concepto por el jefe del naturalismo. ¿Qué es por consiguiente en definitiva la novela de que tratamos?

Una variedad del género literario á que pertenece. Nada más.

Así como existe la novela histórica, la de aventuras, la cómica y tantas otras de carácter especial, existirá la novela experimental. Esto es todo.

Cuando la escriba el filósofo de la escuela podrá contener, según os lo decía hace un momento, cuantos prodigios de estilo y de observación queráis; podrá ser profunda, aterradora y hasta revolucionaria, sin que por eso adquiera condiciones de demostración científica y pierda las de obra literaria que son las suyas características.

El mismo dato científico que adelante en tal ó cual narracion no cambiará sus condiciones propias de obra literaria.

El genio del novelista podrá descubrirlo, sin pretender por tal título que escribe ciencia y fisiología, cuando escribe una obra de arte, como Goeth no se imaginaba profundo anatómico al descubrir el intermaxilar, ni Cervantes, que institua una experiencia fisiológica, al dejarnos en su libro inmortal la descripción acabada de un estado patológico y los procedimientos seguidos para *producir* y *curar* un caso particular de locura.

El hecho es la verdad, pero la ciencia es la ley, cosas bien distintas.

Ni única ni científica, vuelvo á repetirlo, puede ser la novela experimental.

¿Nos presentará, por último, la verdad, el hecho incuestionable, ya que sean vanas sus demás decantadas pretensiones?

Se reconozca ó no, en una palabra, que son posibles en literatura los métodos científicos, ¿puede la novela experimental, partiendo de las bases de que parte, exhibirnos tan siquiera ese documento humano que intente grabar en sus páginas?

Esta es la faz que nos queda por examinar en la cuestion que estamos analizando.

No sé, señores, si abuso inconsideradamente de vuestra atencion.—Eseusadme de todos modos, porque la detenga por algunos instantes mas en las conclusiones que me demanda este estudio, cuya aridez reconozco y deploro el primero.

Qué hacer, señores!—Nos ocupamos de la novela fisiológica, que hasta quiere desterrar las armonías de Verdi!—Cómo dar brillo al estilo, cómo pedir imágenes á la fantasía en ocasion de combatirla? Gracias que podamos ser lógicos, para que se nos dé voz en el debate y no se nos rechace por líricos y soñadores, perjudiciales á la República en grado presidencial!

Atenuada con tal excusa, ya que no justificada, mi actitud en esta tribuna, que tantos oradores han realzado con los esplendores de su elocuencia y las meditadas lecciones del saber, permitidme continuar en esa nueva y última faz, relativa al *documento* humano, que quiere grabar en sus páginas, como os decia, la novela experimental.

El documento humano, señores, no está todo y de una manera absoluta en un individuo de la especie, como no está el geológico en una sola capa de la tierra, ni el zoológico en uno de sus órdenes establecidos.

Se encuentra, en efecto, así en el cretino, como en el ser de razon desarrollada, así en el salvaje de las islas de Fidji, como en el habitante de las orillas del Sena, pero si quereis reconstituirlo por las depresiones del cerebro, las grietas de los huesos y los trastornos fundamentales del organismo, solo arribareis al tipo de la demencia ó de la imbecilidad, de la béstia con envolturas de mujer ó del hombre béstia.

Yo no niego, sin embargo, que ese tipo pueda existir.—Lo que niego es que él contenga todo el documento humano, y lo que afirmo es que solo alcanza á constituir uno de sus fragmentos, uno de sus componentes, como tambien afirmo que la novela experimental se halla imposibilitada, por infranqueable barrera, de ofrecernos otros.—Le oponen esa barrera las teorías del naturalismo.

Y no os imaginéis, señores, que intento ahora remontarme á discusiones filosóficas y plantarme en un sistema esclusivo para desde allí procesar al naturalismo y darme la satisfaccion de condenarlo *con absolutas mas ó menos recibidas*.—Muy al contrario de eso.—He dicho que me proponia ser lógico y no brillante, si es que esto pudiera yo alcanzarlo alguna vez; que queria discutir el hecho con el hecho, la realidad sin salir de ella, y tengo á empeño cumplir mi promesa.

Fijemos ante todo dos ó tres puntos esenciales.

La novela experimental es por su naturaleza y por su tendencia una variedad del género, que se ha llamado *filosofico-social*.—Desarrolla un drama humano y reposa por consiguiente en el hombre, cuyas múltiples manifestaciones constituyen su objeto.

Tendreis el drama, segun se caracterice el personaje.

Entrando en esta investigacion, el naturalismo literario ha dicho: “No hay libre arbitrio.—Los fenómenos de inteligencia y sentimiento, de la vida de relacion en general, se esplican por su determinismo, esto es, por sus causas *próximas ó inmediatas*.”

Tales son los principios proclamados por el jefe de la escuela y á que debe atenderse, en su ejecucion, la novela experimental.

Que en uno ó muchos casos de especial carácter pueda encontrarse una primera esplicacion del hecho en las condiciones que rodean al agente, no importaria mas que suministrar un componente del documento humano, pero no erijirlo por completo y en toda su verdad.

La ignorancia, aunándose con la miseria y con los mirajes de soñados placeres que se ofrecen al deseo y se muestran á la vista

en doradas perspectivas; el vicio de origen, aumentado con el cercano y frecuentado ejemplo; los estímulos propios de la naturaleza, á veces irresistibles; la misma confianza en un próximo despertar, exento de pesares y amarguras; todo eso, combinado con el medio social en que se vive y con las influencias del medio cósmico, puede ejercer presión sobre un sér en tales condiciones colocado y precipitarlo irremisiblemente en la caída, cambiando los tintes sonrosados de su aurora y de su inocencia por las sombras perdurables de una noche sin mañana, de una vida en que el dolor se siente mas en la carne y la angustia en la garganta.—Este es un hecho y yo no rechazo su esplicacion por las causas próximas ó inmediatas de los fenómenos.

Un atrofiamiento hereditario ó producido mas tarde por perturbaciones profundas del organismo impide ó detiene en otro caso las manifestaciones elevadas de la inteligencia, encadenando el ser á la tierra en que se arrastra y reduciéndolo á vivir á la manera que viven ó vejetan las plantas, como esa misma causa ú otra distinta, afectando las funciones cerebrales, puede conducir á la demencia.

Yo no rechazo tampoco la esplicacion de este hecho por sus causas inmediatas, como no rechazo la de tantos otros en que se vé al hombre degradarse á sí mismo, degradar á sus semejantes y ultrajar la sociedad en que vive por saciar pasiones de Sardanápalo y apetitos de desenfrenado epicureísmo.

No diré que sean concluyentes esas esplicaciones, pero si que nos satisfacen en este sentido al menos,—que las causas supuestas son concordantes con los efectos conocidos.

Fuera de esos hechos y de aquellos otros de igual carácter ¿permanece acaso infecunda la vida humana? ¿Terminan allí todas sus manifestaciones? Son esos todos sus fenómenos, todos los que ofrece el hombre, todos los que nos presenta la sociedad?

El lenguaje tiene palabras para designar dolorosas tristezas como la locura, el idiotismo ó la imbecilidad, pero tambien tiene otras cuya significacion todos comprendemos y que se llaman el martirio, la abnegacion sin límites, el heroísmo, el amor de la madre al hijo y el amor que fundando la familia, funda la sociabilidad humana.

Estos son hechos tan reales y tan comprobados como los anteriores.—Pedid su esplicacion á las causas inmediatas de los fenómenos, á ese determinismo *próximo*, y vereis cuán vana es la empresa.

Ah! Una mujer recibe en los brazos á su hijo muerto y muere

ella misma.—Id á buscar la causa, literatos del naturalismo, en la sangre que se subió al cerebro ó se agolpó al corazon; idla á buscar en la costumbre, que será ésta una costumbre de morirse, nueva en la historia; idla á buscar en los planes del futuro, en los beneficios perdidos por esa muerte, cuando la que especula muere; idla á buscar, por último, en la educacion, en el medio social, en los refinamientos de la civilizacion, cuando la primera madre que así contemplara á su hijo, podría ofrecernos igual misterioso y conmovedor espectáculo.

La madre que desaparece con el ser arrebatado de su regazo, no es un cuadro que pinta la fantasía, sino un hecho real, que no es único tampoco, porque si la especie humana cae y desfallece á veces, tambien se transfigura, apareciendo como exenta de deleznable y materiales influencias.

El hombre llega hasta el martirio por su religion, por su fé; consume todos los sacrificios por la pátria y muere por una idea, por la ciencia, por el deber, por la mas santa de las causas,—por la libertad!

Evocad las pájinas de la historia y vereis cómo surjen los ejemplos luminosos.

El Mesías de la nueva ley afirma su personalidad y su creencia cuando nadie ni nada sobre la tierra de Galilea podia confortarlo, cuando los procónsules romanos le perseguian como á fiera acorralada y cuando hasta su discípulo predilecto le negaba con absoluta negacion; Lutero, Mesías de la Reforma, sale de un cláustro, de un sitio de monástica obediencia, para discutir á todos los vientos la suprema obediencia, la de aquella autoridad consagrada por los siglos, que estaba arriba del misero cláustro de Eurfurt y arriba de todas las cabezas de la cristiandad; Juan Huss, precursor del gran heresiarca, entrega su vida por no cambiar dos palabras de una tésis, las ratifica ante el concilio que le promete la gracia por la abjuracion y las ratifica todavia cuando las llamas de la hoguera se apoderan de su cuerpo; John Hampden, el comunero de Inglaterra, desafía el absolutismo de Cárlos I, las iras de la Córte, de la cámara estrellada y de los pares; se lanza á todos los peligros, á ser encerrado en la Torre, á ser mutilado, como se mutilaba á los reos de traicion; afronta con ánimo sereno la muerte y la deshonor, por defender una inmunidad contra un privilegio, que todos acataban, por resistir en nombre del pueblo una exaccion de veinte chellines, impuesta con mano férrea en nombre del derecho

divino, y es, por último, una mujer, la hija de un artesano, obrera ella misma en el taller de su padre, quien, sublime vestal, mantiene el fuego sagrado de la mas grande de las revoluciones humanas y quien se ofrece en holocausto de la libertad, consumiéndose en su propia ara, jóven, hermosa, llena de vida y de génio, amante y amada, cual nunca pudo serlo mas mujer alguna!

Estos son hechos comprobados por asentimiento y testimonio universal.

Ante su evocacion ¿en qué se convierte ese principio del determinismo de los fenómenos, que encuentra la explicacion de estos en las causas próximas, inmediatas; en qué, esa negacion del libre arbitrio y ese otro principio segun el cual un mismo determinismo rige la piedra de los caminos y el cerebro del hombre?

Se convierte, señores, ó mejor dicho es lo que Zola tanto destesta; es una frase rotunda, sonora, armoniosa, pero tan destituida de verdad, como llena de sonoridad y armonía.

Quien explicara aquellos hechos colosales y aquellos actores que han tenido por escenario la humanidad; quien explicara á Lutero y á Hampden, á la Reforma y á la revolucion de Inglaterra, cercenando de la conciencia el libre arbitrio y no reconociendo otros impulsos, que los impulsos de las causas inmediatas, ni otras leyes que las leyes de la herencia y las físico-químicas del medio cósmico y del medio social, habria resuelto insoluble problema, más desconocido que todas las incógnitas buscadas en matemáticas, porque esta es la hora, señores, en que sábios y filosofos no aciertan á concordar todavía sobre el elemento originario de tan portentosos fenómenos sociales, no obstante haber acumulado cuanto dato pueden suministrar las ciencias históricas y políticas, y porque, á no existir mas que las pretendidas causas inmediatas, no se alcanza á comprender el misterio por el cual la Inglaterra habia de hacerse luterana y la Francia permanecer católica, á despecho de cuantas influencias próximas la arrastraban á la Reforma.

Pero, ni necesidad hay de interrogar al pasado para encontrar hechos y conciencias ante las cuales enmudecean los principios del naturalismo literario.

Basta mirar el presente.—¿Dónde, en qué causa inmediata, en qué luero personal, en qué influencia cósmica podria encontrarse la explicacion de esa Eneida realizada en nuestros dias con asombro del mundo por escasísimo número de osados expedicionarios?

¿Cómo explicar el heroe? ¿Cómo explicar el soldado que funda una

nacionalidad, ayer no mas dividida en pedazos, y el hombre que partiendo de las últimas filas del pueblo, desdeña ser dictador de las dos Sicilias, Dictador de Italia, para ir á reposar de su titánica empresa en solitaria isla y morir allí, apartado de las grandezas humanas, fijas sus miradas en los últimos rayos del sol poniente y al fragor de las hirvientes olas, rompiéndose en las rocas escarpadas, postrer halago de la naturaleza, imágen de su tempestuosa vida?—¿Cómo explicar, señores, el cerebro de Garibaldi por el determinismo que rige la piedra de los caminos? ¿Dónde la causa inmediata de esa vida y de esa muerte, dónde el secreto de semejante altura y de semejante humildad?

¿En la fama, en la gloria, en el sueño de la posteridad?

Yo las acepto, pero, cuidado! que no hay causas mas lejanas y mas estrañas á la física y la química, que la gloria y el sueño de la posteridad; porque ellos sobrepasan los límites y los horizontes que es dado á los humanos contemplar desde la tierra.

No hay leyenda, sin embargo, en esos recuerdos que hemos evocado y en esas vidas que han visto transcurrir los contemporáneos.

Son hechos indiscutibles, como lo son tantos heroismos desconocidos, tantas abnegaciones sin límites y acendradas virtudes que se ocultan á la luz del dia, sustrayéndose al estrépito de la sociedad, pero que no por eso dejan menos huella de su existencia, siquiera sea en el sacrificio silencioso del hogar, en el olvido de sí mismo por el bien de los demas y en el ejemplo dado á sus conciudadanos por aquellos que llegan á la senectud sin haber traicionado jamás su causa, conservando íntegra su honradez, íntegra su conciencia en medio de apostasias y claudicaciones sin nombre, aplaudidas y recompensadas con fruicion por la fuerza triunfante, por el crimen erijido á veces aunque transitoriamente en conductor de los pueblos desgraciados.

Esa faz luminosa de la humanidad no encuentra su explicacion en las causas inmediatas—Por el contrario, es á despecho de estas, es combatiéndolas que se produce y manifiesta.

El nacimiento, la educacion, el mismo medio social en que se vive son en muchos casos su negacion, lejos de ser motivos concurrentes.—Otro tanto puede decirse de la herencia, sin que quede lugar para una hipótesis comprobada por la experiencia fisiológica, porque esta experiencia, debiendo ser lo que el naturalismo literario quiere que sea, tiene que dar por resultado la posibilidad de producir en los demas seres análogos fenómenos, esto es, la posibili-

dad de producir científicamente la virtud, el heroísmo ó el martirio, como se produce artificialmente la diabetes ó como, por la combinación de dos gases, puede producirse el agua.

¿Lo veis claramente ahora, señores?

¿Veis cómo los principios del naturalismo literario son los que impiden á los novelistas de esa escuela reconocer otros fenómenos vitales fuera de aquellos que se caracterizan por la personificación del instinto, la imbecilidad ó la locura?

¿Comprendéis al mismo tiempo por qué el documento, así constituido, solo ha de alcanzar á mostrarnos la faz dolorosa del hombre, y no puede contener por consiguiente, toda la verdad, sino un fragmento, una parte de ella á lo sumo?

Sin duda, señores, que lo sabiais antes de escuchar mi palabra y que ni siquiera puedo halagarme con la idea de haber contribuido á esclarecer una cuestión literaria ó filosófica, cuando digo, volviendo al punto de partida de esta conferencia, que la particularidad de esos personajes singularísimos como Jeoffrin, Nana y el Conde Muffat, tiene su explicación en la imposibilidad de arribar á otros que aqueja á la novela experimental, partiendo de las bases de que parte, y nó en la naturaleza humana, ni en los datos comprobados de la ciencia.

Podemos, pues, resumiendo las conclusiones del estudio en que hemos entrado, establecer con la autoridad de los hechos, que el significado de los fenómenos de relación no se encuentra definido en el hombre fisiológico, y que tanto las manifestaciones impersonales, como colectivas del ser humano, no se hallan encadenadas necesariamente á un determinismo próximo, á una serie de causas inmediatas obrando sobre su organismo, ni á las influencias exclusivas de la herencia ó del medio social, por más que éstas sirvan de explicación satisfactoria en uno ó muchos casos de especial carácter.

De ahí, señores, que el documento humano deba surgir, para ser verdadero, de todos los elementos que componen su modelo, y no de uno ellos considerado aisladamente, porque entonces se desconocen los demás ó se llega tan solo á una parte de la verdad.

Los principios del naturalismo literario conducen á esta última concepción incompleta del hombre y de la sociedad, llamada experimental por los novelistas de la escuela; luego, señores, tenemos que rechazar con doble razón el aforismo del autor de Pot-Bouille,—de "que tanto la novela, como la literatura en general, deben ser experimentales, á menos de no existir."

A tal conclusión definitiva me proponía llegar en lo relativo especialmente á la novela, demostrando que no puedo ser página científica, como lo pretendo Zola, y que siendo experimental, en la acepción fisiológica dada á este concepto, tampoco puedo ser única en literatura, ni contener por último todo el documento humano.

No sé, señores, si habré conseguido mi propósito, produciendo la convicción en vuestro ánimo, pero de todos modos, comprendo que debo detenerme aquí y no fatigar por más tiempo vuestra atención.

La literatura experimental tiene un fin propio y unos medios de ejecución del todo exclusivos. Ese fin y esos medios merecen ser estudiados para completar una investigación sobre el naturalismo literario.

Con estas cuestiones, se entrelazan también las relativas al arte y á la estética en general, al realismo y al idealismo en literatura y por último á sus consecuencias en la vida social y política.

No digo abrazar todo eso conjunto, pero ni aún el análisis de los primeros tópicos señalados, me sería permitido hacer en esta conferencia sin incurrir en el abuso que acabo de reprocharme y sin salvar los límites que me había fijado de antemano, circunscritos al exámen de los fundamentos de la novela experimental.

Quizás me sea dado realizarlo en otras sesiones de este Ateneo, libre del temor que hoy me asalta de molestar con una mayor detención de mi parte, á tan ilustrado como benévolo auditorio.

Mientras tanto, señores, el debate sobre el naturalismo literario está abierto. A otros, el honor de hacerlo interesante con los dones del pensamiento y las galas del estilo;—á mí, tan solo la satisfacción de iniciarlo, y de haber intentado atraer las miradas de la juventud hácia un estudio que juzgaba necesario por la confusión de ideas que el naturalismo introduce en literatura y por las influencias que los errores de doctrina ejercen casi siempre en los errores de conducta.

La pena de muerte

CONFERENCIA LEIDA EN LA VELADA LITERARIA CELEBRADA EN EL ATENEO
DEL URUGUAY EL 9 DE AGOSTO DE 1882

POR DON AGUSTIN DE VEDIA

Tenemos escasa inclinacion hácia los debates que recaen sobre principios meramente abstractos, que no tienen justificacion inmediata y material por decirlo así, en el curso de la existencia social. Damos por establecidas y probadas ciertas doctrinas que nacen naturalmente de la índole y de la organizacion social, sin ir á buscar su fundamento en las hipótesis del espiritualismo de los filósofos del siglo XVIII.

Hay ciertos principios que, en nuestros dias, están fuera de toda controversia. La sociedad no es un estado de eleccion, es el estado natural del hombre; es más, es un deber y una necesidad. No se concibe al hombre fuera de ese medio. Si la sociedad es estado natural, necesidad, deber; y si la sociedad no puede existir sin leyes y su sancion, el derecho de castigar nace de la organizacion social y es inherente á ella. Toda sociedad supone así, no solo una aglomeracion de hombres, sino tambien un orden que rige su actividad y desarrollo, y una autoridad que lo mantiene y aplica.

Por eso mismo la justicia social se ejerce con el fin determinado de garantizar el orden establecido y está necesariamente restringida por su naturaleza, por la insuficiencia de sus medios, por la imperfeccion y la fatalidad de sus resortes y de sus elementos.

Debe tenerse siempre en cuenta ese carácter complejo de la sociedad y de su justicia, para distinguirla de la justicia absoluta en sus consecuencias naturales. Esta tiene en sí misma su razon de ser; es la sancion del orden moral, mientras que la justicia humana que nace del orden social, y se propone realizar ese orden, tiene por el contrario, segun la expresion de Rossi, un fin exterior y limitado.

La sociedad civil se presenta así, fuera del orden espiritual, con fines reducidos en la naturaleza y en el tiempo, que determinan y regulan su accion protectora. No puede pretenderse, con arreglo á estos principios, que la sociedad despoje al individuo de derechos y bienes que no ha recibido de ella, ni de ningun poder de la tierra; de derechos naturales, que constituyen la personalidad del hombre, el hombre mismo, elemento y base de la sociedad, que se destruirá á sí misma, armada de un poder ajeno á su naturaleza y á sus funciones *exteriores y limitadas*.

La justicia humana debe ejercerse, pues, no de una manera amplia y absoluta, sino bajo condiciones ó requisitos en armonía con el orígen y los fines de la sociedad y de la ciencia penal. Veamos cuáles han de ser las reglas y fundamentos de esa penalidad. Se ha señalado á las penas estas calidades esenciales: *Personalidad, igualdad, divisibilidad, certeza, analogía, popularidad*. Se exige además generalmente que ellas sean *commensurables, reparables, remisibles, ejemplares, reformadoras, económicas, instructivas y tranquilizadoras*. Sería fácil demostrar que la pena de muerte carece de todas esas condiciones que los criminalistas exigen para que la justicia penal sea en realidad un elemento del orden social, y no dejenero en repugnantes é inútiles excesos.

Se ha dicho con mucha verdad, que, si la pena de muerte no consiste en el daño moral infligido al condenado en los momentos que preceden á la ejecucion, ó en la congoja que experimenta en esos instantes, no hay pena propiamente, porque falta el sujeto de ella. Al anonadar la personalidad, se ha suprimido toda sensacion, todo remordimiento, toda aspiracion y todo dolor. ¿Cuál es el paciente que sufre la pena capital aplicada por la sociedad, despues de la ejecucion, ó mas allá de la tumba? Todos, ménos el ejecutado.

Por esa razon tambien, la pena deja de ser *personal*. Suprimiendo un solo golpe la doble personalidad física y espiritual del hombre, su libertad y su alma, trasciende á la familia con efectos tan terribles como irreparables.

La *desigualdad* de la pena de muerte proviene de la distinta naturaleza moral del reo, que afronta con más ó ménos debilidad ó energía la perspectiva del cadalso y de la muerte; quien es arrastrado al suplicio muerto ántes de recibir el golpe fatal; quien lo provoca con soberano desden.

No hay *divisibilidad* en la muerte. No puede haber graduacion

en ella, y se aplica del mismo modo al reo de uno, que de diez ó más homicidios, sin que se pueda tener en cuenta todos los grados de ferocidad con que se presenta el crimen. Los antiguos eran mas lógicos, buscando la graduacion, y completando el sistema, con el tormento, la mutilacion y otras iniquidades.

No hay *certidumbre* ni *analogía* en la pena capital. El criminal no tiene ni puede tener seguridad de que será castigado con esa pena; en todo caso espera sustraerse á ella. Ya se examinen los caracteres morales ó materiales que acompañan el acto del criminal, y el de la sociedad que lo castiga, no hay comparacion posible entre uno y otro: esos actos son profundamente diversos y aún repugna al espíritu la idea de una analogía entre el homicidio y la ejecucion legal.

La *impopularidad* de la pena de muerte se revela con tanta elocuencia, se impone tan naturalmente, que vemos á los mismos partidarios manifestar ingénua y públicamente, que, si quieren consignarla en la ley, es solo para conciliar sus escrúpulos filosóficos, sin perjuicio de pedir, en cada uno de los casos que se presenten, el indulto del criminal: protesta íntima de la conciencia humana, que vale mas que todas las teorías sin aplicacion de los sostenedores del patíbulo!

No es *commensurable*. El criminal, esgrimiendo el arma homicida, delante de sus víctimas, no puede detenerse por temor á la ley, despues de haber sacrificado á la primera. El castigo sería en todo caso el mismo, ya derramase la sangre de uno solo, ya adquiriese la celebridad sombría de un Tropman ó de un Gala, á quien se atribuían mas de doscientos asesinatos!

Es *irreparable!* La historia denuncia numerosos y fatales errores, que clamarán eternamente contra la iniquidad de esos tremendos fallos de la justicia social! Muchos inocentes, tenidos por culpables, han perdido la vida en el patíbulo, y el tardío desagravio, solo ha servido para rehabilitar su memoria y para denunciar eternamente el vicio cruel de esa pena. Y debe tenerse en cuenta que solo se habla de los errores comprobados. ¿Qué decir de los errores de los jueces que no se han puesto de manifiesto, que han pasado desapercibidos, y que se han sepultado tal vez con los verdaderos culpables, sustruidos á la justicia y á la pena, que han acabado sus dias naturalmente, mientras inculpables ó inocentes han sido heridos por la ciega ó implacable cuchilla de la justicia penal? Esos errores, ha dicho Haus, como los errores de los médicos, quedan en el secreto de Dios!

Es *irremisible*. Cualquier otra pena, si no es enteramente reparable, es redimible; puede ser aliviada, suspendida. Puede haber casos sin duda en que la imposicion de una pena cualquiera en un inocente, produzca efectos irreparables; pero mientras alienta la vida, alienta la esperanza de recobrar, con la libertad, la rehabilitacion y el desagravio moral á que tiene derecho. Y si se ha visto ejemplo de inocentes condenados á presidio, que no han resistido al dolor y á la afrenta de sufrir un castigo injusto, ese resultado, al ménos, no puede imputarse directamente al lejislador; no es su obra, si ha consultado especialmente en la penalidad la limitacion y la falibilidad de sus medios.

No es *ejemplar*. Objeto de compasion ó de indignacion, es el cadalso, y en todo caso, escuela de perversion. Se alejan de la vista del suplicio los hombres buenos y sensibles; busca en él la multitud alimento á una curiosidad inoble. El cadalso despierta y escita las malas pasiones, enjendra indiferencia por la vida humana; y si pudiera causar alguna impresion moralizadora en los hombres que van en la pendiente del crimen, ella se borraría tan fácilmente como las que deja el espectáculo de un drama en la generalidad de los espectadores. Beccaria lo observó hace un siglo.

Todo el mundo sabe además que, muchas veces, al tiempo y en el mismo teatro de la ejecucion, ó á pocos pasos del cadalso, en varias ciudades de Europa y de América, se han cometido delitos graves, sin exceptuar aquellos que la sociedad castiga con la pena capital.

Es un hecho igualmente acreditado por la historia de los procesos judiciales, que la mayor parte de los condenados á muerte presenciaron ejecuciones capitales: hecho observado y señalado por célebres criminalistas, en el que nunca se detendría bastante el pensamiento de los que pregonan la necesidad de esa pena: hecho que revela elocuentemente, que, lejos de servir de saludable enseñanza y de ejemplo moral, el patíbulo, segun las palabras de Mancini, forma la educacion cruel de los grandes culpables.

No es *reformadora*. La pena de muerte destruye toda posibilidad de enmienda y toda esperanza de rehabilitacion, obstando así á un resultado que debe perseguirse siempre " en homenaje á los principios morales y por el interés bien entendido de la misma sociedad ". Inclínase el ánimo á reflexionar en el número de hombres que han terminado su vida en el cadalso, y que hubieran podido devolver bien por mal á la sociedad que ofendieron. Ese cálculo ra-

zonable y justo, que se funda además en el estudio de la naturaleza humana y en la esperiencia universal, es un cargo formidable contra la pena de muerte.

No es *económica*. La cabeza y los brazos del condenado pueden siempre producir á la sociedad, algo que la indemnice una parte del daño que ha sufrido. ¿Por qué no ha de buscarse en la pena el medio de sacar partido de esos brazos y de esa cabeza, entregados al verdugo?

No es *instructiva*. Si algo hay demostrado por la estadística, es que la pena de muerte no influye sobre la inteligencia ni sobre la moralidad del hombre. Los criminales, ó no conocen las leyes, ó no las temen, y el simple espectáculo del cadalso ha bastado algunas veces para inducir al crimen.

Si se observa, por último, que la pena de muerte es tranquilizadora, porque al destruirse al criminal, destruye la posibilidad de nuevos crímenes por el mismo reo, debería recordarse que la sociedad se dirige á ese respecto por otros principios, cuando mantiene en reclusion y se esfuerza por rehabilitar á los alienados aunque estén bajo la influencia de esas predisposiciones fatales que empujan al crimen. Se domina y enjaula á las fieras, se ha dicho, ¿y no ha de haber encierros bastante seguros para los racionales? No ha de poderse desarmar á un criminal sino matándolo?

La pena de muerte es de una profunda inmoralidad. Ella recaerá siempre en las sociedades, por adelantadas que se hallen, sobre los desvalidos y miserables, sin alcanzar los crímenes que se cometen en las regiones mas elevadas, y que se encubren fácilmente con el manto de la riqueza, del favor ó del poder. Si esta misma observacion se ha hecho en los últimos dias para combatir la abolicion, será porque los partidarios de la pena de muerte, están reñidos con la lógica.

El espectáculo del suplicio despierta y enciende las malas pasiones, endurece los corazones, habitúa á la indiferencia por los dolores humanos. El exceso de crueldad y de barbarie que representa el patíbulo ensangrentando, apaga el sentimiento de justicia, y los que asisten á la ejecucion del reo, ven en ella todo, menos la sancion de la ley social y el cumplimiento de la justicia humana.

Nada mas comun que oir á los partidarios de la pena de muerte designar á los abolicionistas como hombres en quienes predominan exclusivamente las tendencias Inhumanitarias, los sentimientos generosos, el horror de la sangre, inclinaciones que no dejan lugar á la reflexion, que dramatizan las mas áridas cuestiones de la organizacion social y no penetran en el fondo de las realidades de la vida... Eterno sofisma, señores!

No hay tales conflictos de la razon y del sentimiento, si no se alude á ciertas degeneraciones que salvan el limite y alteran el equilibrio de la razon, y que, por un camino opuesto nos harian retroceder á la infancia ó al estado primitivo de las sociedades, aboliendo la ley y la justicia, y reemplazándolas por la venganza privada. Los que consultan sobre todo la razon, la fisiología humana, la historia, la estadística, la sociología, son los abolicionistas! Los que, sin saberlo, piensan y obran bajo la ley de sentimientos y de pasiones que confunden con la inspiracion de la razon y de la justicia, esos son los sostenedores de la pena de muerte! Ensayemos una ligera demostracion. Los partidarios de la pena capital se han abroquelado en este último baluarte: la *necesidad*. "Es un medio de justicia *supremo* y *peligroso*, escribia Rossi, del cual *solo puede usarse* bajo la condicion de una *verdadera necesidad*." ¿Se erce, por ventura, que los sostenedores de la pena se han tomado el trabajo de demostrar y probar la *necesidad* real, que *únicamente* justificaria á sus ojos el empleo de tan *supremo* y *peligroso* recurso? Inutilmente se buscarán esas pruebas: solo se hallarán afirmaciones y peticiones de principio, en los mas notables estudios de los ilustrados defensores de esa pena.

Lo menos que puede exigirse á los que demandan la vida, es la prueba de sus teorías. No obstante, ellos se parapetan en la experiencia; argumentan con los hechos materiales, sin tener en cuenta siquiera la historia de la penalidad, en cada país, sus efectos sociológicos, las resistencias que encuentra en la opinion, y la mayor ó menor posibilidad de introducir las grandes reformas que luchan constantemente con esas fuerzas ciegas de la tradicion, que hacen perdurar en las sociedades los viejos errores, solo por ser viejos! Los abolicionistas observan, por su parte, los hechos. Ellos han puesto de manifiesto, sin contradicciones, que la institucion de la pena de muerte, su frecuente aplicacion y los horrores de que ha sido acompañada en algunos tiempos, no han impedido, ni disminuido jamas la perpetracion de los crímenes mas atroces; que la abolicion,

parcial ó total, de la pena, ha tenido lugar en casi todos los Estados, grandes y pequeños, sin que hubiese habido agravamiento, y sí reduccion de la criminalidad, muchas veces; que los argumentos con que se obsta á la abolicion completa de la pena capital, son los mismos con que se ha querido mantener en otro tiempo, en centenares de casos, en que ha sido borrada mas tarde, en homenaje á la civilizacion, sin inconvenientes, y con resultados plausibles, que nos hacen asombrar hoy de las aberraciones antiguas y de la atrocidad de aquellas leyes penales que, en naciones cultas y civilizadas, levantaban el cadalso para delitos castigados hoy con una pena pecuniaria, ó con unos cuantos días de prision!

Cuando se señala el ejemplo de algunos pueblos que hace largos años han abolido de hecho ó de derecho la pena de muerte, suelen oponerse las condiciones de nuestro estado social y la frecuencia y la audacia con que se cometen entre nosotros los crímenes mas feroces. Me asombro de que esa operacion del entendimiento no lleve á distintas conclusiones. ¿Qué demuestra ese desborde de criminalidad, sino la impotencia de la pena de muerte, allí donde subsiste, para mejorar y modificar ese estado de cosas? Mancini habia observado ya, en Italia, el vicio de esa objecion, que se presentaba en análogas circunstancias. Si no existiese la pena de muerte, en este país, cuyas deplorables condiciones se señalan, y si esa pena rigiese en aquellos estados donde los crímenes son menos frecuentes, podría deducirse con alguna lógica la necesidad y eficacia de aquella pena para la prevencion de los delitos. En el caso contrario que es el verdadero, con relacion á nuestro país, la objecion se toma en favor de la abolicion: la pena capital resulta ineficaz.

Es que busquemos la fuente del mal donde no se halla. Es que, segun lo ha dicho el mismo pensador que acabo de nombrar, " el estado *intelectual, moral, económico y político* de una nacion; la mayor ó menor imperfeccion de la legislacion, en cuanto puede aumentar la probabilidad y aún la esperanza de la impunidad; los ejemplos de moralidad ó inmoralidad que desciendan de lo alto, ofrecidos al pueblo por el mismo Gobierno; el orden y el grado de inteligencia y actividad de las instituciones preventivas de vigilancia ó de seguridad pública, son los verdaderos y eminentes factores de la criminalidad de un país, y determinan el número estenso ó limitado de los grandes malhechores, mucho mas que la amenaza de la pena de muerte en pocos ó muchos artículos de un código penal."

No establezcamos, pues, tan dolorosas confusiones, ni pidamos á la penalidad lo que ella no ha de dar. ¿Qué efecto ha de producir el remedio si no tiene en cuenta la verdadera localizacion del mal? Se ha dicho alguna vez que es quimérico abogar por reformas de esta naturaleza cuando una sociedad se halla conmovida y desquiciada; y que, en situaciones semejantes, interesa mas bien agravar la penalidad que es la defensa de la sociedad. Entendemos que es mas quimérico abogar por que se mantenga un sistema penal que ninguna influencia ejerce en la moralizacion del estado social, y que se pretenda corregir con severos y terribles castigos establecidos en las leyes, atentados y crímenes que se cometerán en ese caso, no á título de la deficiencia de la legislacion penal, sino al amparo de la complicidad ó de la impunidad, dispensada por un régimen arbitrario, que se habría entronizado subvirtiendo todos los principios morales y las bases constitucionales en que reposa la organizacion de los pueblos civilizados y libres!

Fijemos la atencion sobre esas causas verdaderas y de todos modos y en todos los casos, seamos fieles á los principios que proclaman la civilizacion y la ciencia, en su marcha laboriosa y ascendente.

Entre esos principios está el de la abolicion de la pena de muerte, causa que lucha, no con la razon, sino con las pasiones; no con el derecho, sino con la tradicion, que muchas veces no representa remontándose á su origen, sino el grito de la barbarie!

Causa de la tuberculosis

EXPOSICION POPULAR

POR DON FEDERICO SUSVIELA GUARCH

Por antigua que sea la medicina, la investigacion científica de las verdaderas causas de las enfermedades solo data de los tiempos mas recientes. En épocas anteriores y en otras mas remotas se aplicaba el mayor esmero al exacto conocimiento de los síntomas de las enfermedades, y una vez examinados y determinados, se trataba apoyándose en ellos de dividirlos en clases fijas segun síntomas seguros.

Relativamente mucho mas tarde comenzó el estudio de los cambios producidos por cada una de las formas de las diferentes enfermedades. Por medio del examen microscópico y del análisis y síntesis químicas ha logrado ya la nueva ciencia patológica, descubrir lo que yacía sumido en la oscuridad, resolviendo por completo ó al menos muy próximamente infinidad de cuestiones de la mayor importancia para la moderna ciencia médica, pudiéndose por ella fijar hasta cierto punto de antemano, la manera como se han de dirigir nuevas preguntas á la naturaleza misteriosa, para poder arrancarle respuestas verdaderamente terminantes y satisfactorias.

Desde el momento en que Schönlein logró probar por medio del microscopio que la causa originaria de cierta enfermedad cutánea consistía en la existencia de una formacion de hongos, toda la investigacion patológica se encaminó, por decirlo así, hácia una direccion dada. Era natural, pues, seguir el camino tomado con tanto acierto, para descubrir en causas semejantes el origen de otras enfermedades. La investigacion patológica no podía, por otra parte, detenerse cuando recibía á la vez importantes indicaciones de otras ramas científicas, cuando el examen de las causas que producen la fermentacion, le inducían á considerar si ciertas formas de enfermedades que se presentan con regularidad y con grupos de sínto-

mas determinados no tendrían tambien su origen en causas semejantes. Desde entonces se ha acostumbrado mas y mas la opinion médica á ver como causas de determinadas enfermedades, la existencia de organismos estraños en nuestro cuerpo, sin importar para el objeto principal, si estos seres dotados de una reproduccion admirable, son de naturaleza vegetal ó animal.

En breves palabras: la idea de la calidad parásita de muchas enfermedades, y precisamente de las que mayores estragos hacen, ganó evidentemente mas terreno y probabilidad. El número de las formaciones microscópicas que se pueden probar y que se presentan al mismo tiempo en varias enfermedades creció considerablemente, y de ahí fué naturalmente ganando tambien en importancia la cuestion relativa á la mas destructora de ellas, la *Tuberculosis*.

Si se considera que aún las mas temidas enfermedades, el cólera, el tífus, etc., no son ni con mucho tan peligrosas como la tisis, si se tiene presente que la séptima parte de todos los hombres es víctima de ella, y que este número aumenta aún muy considerablemente tomando en cuenta las clases obreras, se comprenderá toda la importancia que trae consigo el deseubrimiento de la causa generadora de ese azote terrible de nuestra generacion.

Lo primero que llegóse á conocer respecto de la *Tisis tuberculosa*—así llamada por las formaciones granulares que presentan los diferentes órganos—fué el hecho probado de su trasmision por inoculacion. El investigador francés Villemin, fué el primero que produjo en animales una enfermedad semejante en sus síntomas á la tuberculosis, inoculando materias suministradas por tísicos; y las esperencias de muchos experimentadores alemanes, pusieron aquella verdad fuera de toda duda. Fueron bajo este respecto de una importancia fundamental los ensayos de inoculacion de Cohnheim y las esperencias de un médico de Meran, Fappciner. Este observador logró en muchísimos ensayos poner tuberculosos á perros, exponiéndolos por algun tiempo á inspirar esputos de tísicos finamente pulverizados. Los animales tratados asi, se enfermaron sin excepcion, presentando todos los síntomas propios de la tuberculosis, y muertos, se encontraron sus órganos, especialmente los pulmones y ciertas partes del intestino, llenos de pequeños nudos ó granos de color gris blaquizco.

La importancia de este hecho, no podia ser mas considerable, puesto que llevaba involuntariamente á reflexionar, por qué no seria posible dadas las mismas circunstancias de trasmision, transmitir del

animal al hombre la tisis, como de esto al animal, y por qué no sería posible la misma transmisión del hombre al hombre por medio del aire respirable. Las causas ocasionales son por otra parte numerosas y existen por doquier.

Habiéndose, pues, determinado con esto la naturaleza de la tuberculosis como la de una enfermedad contagiosa, la investigación trató de seguir en su estudio, el mismo camino seguido algún tiempo atrás respecto de las demás enfermedades del mismo género. Para resultados iguales se suponen causas iguales.

¿Pero cuáles son las causas que con tan fatal seguridad producen tales efectos? Ya hemos indicado que podían ser de naturaleza parásita; pero debía darse la prueba segura para afirmarla. En primer lugar, había que demostrar la especial idiosincrasia de la forma extraña que causa la tisis y fijar los caracteres distintivos de tales organismos. Luego debía hacerse ver la completa igualdad de la enfermedad producida por esos extraños seres con la observada en el hombre. Finalmente había que probar que aquellos organismos no solo eran consecutivos de la tisis, sino en realidad los que únicamente producen la *Tuberculosis*.

Las personas no versadas y aún las eruditas ajenas á la investigación de las ciencias naturales, apenas pueden formarse una idea siquiera aproximada, de la gran dificultad, de lo complicado de los experimentos, del gran trabajo que exige alejar las causas de error; en fin, de todas las contrariedades que han debido concurrir oponiéndose á la resolución de esas cuestiones, decididas hoy por el Dr. Koch, cuyos laboriosos trabajos, le conquistarán sin duda un recuerdo glorioso en el vasto y hermoso campo de la Medicina.

El Dr. Roberto Koch, conocido ya por sus investigaciones sobre las bacterias, ha logrado por medio de un nuevo procedimiento de coloración dar la prueba de la existencia en la tisis, de un organismo extraño diferente de todas las demás formaciones fijadas hasta hoy científicamente. En todos los órganos de personas muertas bajo la influencia de aquella enfermedad, así como en el esputo de los enfermos, ha podido el Sr. Koch constatar la presencia del organismo por él descubierto; una bacteria en forma de bastoncito, el *Bacillus*. Si el objeto que se ha de examinar se trata según el método de que no nos ocupamos aquí (1) por medio de ciertas materias colorantes, aparecen morenas todas las partes del tejido orgánico, pero las bacterias teñidas de un hermoso azul.

(1) Véase el Informe del Dr. Koch, remitido á la Biblioteca del Ateneo.

Estas bacterias son sumamente delgadas y del largo de un cuarto hasta la mitad del diámetro de un glóbulo rojo de sangre. Su pequeñez explica, pues, por qué otros investigadores no habían podido hasta ahora, demostrar su existencia irrefutable. Esas formaciones se encuentran en todas aquellas partes en que la enfermedad empieza, ó hace progresos, casi todas en el interior de las células, disminuyendo sin embargo en todos los puntos en que el proceso tuberculoso decae, y desapareciendo al mismo tiempo que acaba la enfermedad. Exactamente las mismas bacterias se han demostrado en animales enfermos de tuberculosis, como gallinas, conejitos de la India, monos y reses.

Terminada esta investigación, se ocupó el Dr. Koch en observar los resultados de la inoculación. Mas de 200 animales, conejillos de la India, conejos y gatos, fueron inoculados con las mas diferentes materias tomadas de personas ó animales tísicos, y en todos los casos despues de algun tiempo aparecieron en ellos los fatales Bacillus. Ni una sola vez faltó su presencia.

Aunque ese resultado daba como muy probable que el Bacillus fuera la causa de la tisis, faltaban aún las pruebas evidentes de la conexión de esos dos hechos. Para alcanzarlo, era necesario criar los Bacillus en estado puro, aislándolos completamente de los productos de la enfermedad. Conseguido el resultado de pureza completa, conseguida también además la inoculación en animales sanos de los bacillus creados fuera del organismo enfermo—hombre ó animal—de tal manera que aquellos enfermaran de tuberculosis y la vacuna tomada de ellos pudiera servir para trasplantar la enfermedad á otros organismos sanos, se habría conseguido completar la cadena de observaciones y no cabría ya duda alguna de que el bacillus era en realidad la causa de la tuberculosis.

Pues bien, la solución de los problemas indicados se ha logrado por completo. El Sr. Koch ha criado los Bacillus, con nutrición adecuada por varias generaciones, ha transmitido á animales sanos bacillus criados de esa manera, y pasadas algunas semanas todos los inoculados presentaban todos los síntomas de una tuberculosis reciente. Muertos, se encontraban sin excepcion en sus diferentes órganos: glándulas, pulmones, intestino y también en el hígado las formaciones característicos de nuditos, en cuyo interior notábase multitud de bacillus. Aun mismo animales, que como los perros y ratones, denotan poca facilidad para enfermar, no dejaron de ser víctimas de la inoculación.

Así pues, puede considerarse como probado que la devastadora tuberculosis es contagiosa ó trasmisible, del hombre al hombre, de esto al animal y vice-versa, y además que los bacillus, son la causa y los conductores de tan terrible enfermedad.

Ahora bien; de qué nos sirve ese brillante resultado? preguntará quizá quien, en presencia de un amigo ó pariente querido víctima de la tuberculosis, esté dispuesto á esclamar con la sentencia de Romeo: de nada vale una filosofía que no puede volver la vida á una Julia.

En realidad, si sobre la base de esos resultados, se exigiera simple y radicalmente sacar los bacillus, que han penetrado en el organismo, sería esta una cuestión desesperante. Felizmente no es eso el problema que queda hoy por resolver, y cuya solución debo buscarse más bien impidiendo la llegada de un enemigo tanto más poderoso, cuanto que puede alcanzarnos siempre y cada vez de una manera más frecuente, si todas nuestras fuerzas no conspiran para suspenderlo los medios de vida y de desarrollo. Los médicos, las autoridades administrativas, la diplomacia que arregla las cuestiones de los pueblos entre sí, tendrán que dirigir su atención hacia los medios de limitar las posibilidades de su extensión.

Ya no puede dudarse que el esputo de los tísicos, los artículos usados por los mismos, vestidos, camas, ropas etc., son otros tantos conductores ó propagadores del bacillus. Deben idearse pues los medios de desinfección más rigurosos, en las casas de familia, y en los hospitales públicos.

Por otra parte, como debe pensarse en la trasmisión de la tuberculosis al hombre por medio del ganado, debe encomendarse á la policía de sanidad pública, tan repartida como sea posible, la tarea á ese respecto de una vigilancia difícil, pero á la vez dignísima.

Por todos esos medios de acción reunidos, se logrará limitar más y más la propagación del terrible *Bacillus* y así la humanidad siguiendo los dictados de la ciencia, que vela noblemente por su conservación, alejará de su seno esa causa de horrible devastación.

Berlín, 16 Julio 1882.

Apuntes sobre algunos organismos inferiores

POR J. ARECHAVALETA

Todas las cosas que nacen no nacen luego con toda su perfección.

Algo tienen y algo les falta que luego se haya de acabar; y el cumplimiento de lo que falta ha de dar el que comenzó la obra, de manera que á la misma causa pertenece dar el cumplimiento del ser que dió principio del.

(FRAY LUIS DE GRANADA, *Guía de Penitentes*, Lib. I, cap. II.)

En los confines extremos del mundo orgánico, hay una región ocupada por una infinidad de seres minúsculos, desprovistos de verdadera estructura, partículas amorfas de sustancia orgánica con los atributos de la vida, en cuya composición concurren, como elementos, el carbono, hidrógeno, oxígeno y ázoe, reunidos por la síntesis química.

Estos organismos microscópicos, constituidos en su totalidad por el protoplasma, esa *base física de la vida*, como la llamó Huxley, salida del seno de la materia inorgánica, en ciertas condiciones que la ciencia no ha conseguido realizar aun, son objetos preciosos de enseñanza para la solución del gran problema del origen mecánico de la vida; por esto es que las ciencias biológicas á medida que van adelantando, tienden más y más á estudiar los fenómenos en esos organismos elementales.

Observados con un fuerte aumento, dichos seres semejan á una partícula de jalea ó de clara de huevo sin cocer, blanquecina, semi-transparente. Pero á pesar de su sencilla estructura presentan una serie de fenómenos que interesan sobremanera.

En el medio acuático que para vivir necesitan, los contornos de esas partículas minúsculas vivas se modifican á cada instante, se alargan ya en forma de filamentos, ya en la de lóbulos más ó menos numerosos y en todas las direcciones. Cuando encuentran alguna

sustancia que apetece, la envuelven, la disuelven y transforman en su propia sustancia. Así crecen rápidamente hasta que adquieren un cierto volumen. Una vez que lo alcanzan, por una especie de estrangulamiento medio, se dividen en dos partes semejantes, que después de separadas continuarán el ejercicio libre de sus funciones. En algunos casos y en ciertas especies, la división se verifica por el procedimiento llamado de esporogonia, que no difiere de aquel en esencia; en lugar de dos partes, es en muchas que el protoplasma se segmenta, de manera que resultan numerosos individuos.

El primero de estos organismos conocido, fué descubierto por el eminente naturalista Ernesto Hæckel, el año 1864 en Villafranca, cerca de Niza, quien imaginando que fuera un representante de las primeras formas vivas que espontáneamente aparecieron sobre nuestro globo, lo bautizó con el nombre de *Protogenes primordialis*.

Después y una vez abierto el camino en este género de investigaciones, el número creció rápidamente. Al descubrimiento del protogenes siguió el del *Protamoeba*, *Protomyxa*, *Bathybius*, etc., de manera que hoy forman ya una pequeña falange conocida con el nombre de *Monerianos*.

Para la teoría evolutiva, como para la interpretación del mecanismo de la vida, estos organismos rudimentarios son de una importancia considerable; es difícil imaginarse nada más simple. El cuerpo entero del *Protamoeba primitiva* que puede considerarse como la forma de la materia viva más rudimentaria conocida hasta hoy, consiste en un pequeñísimo grumo de protoplasma granuloso desnudo y sin núcleo. En descanso, tiene una forma semi-globulosa, pero cuando se mueve se achata, sus contornos se vuelven más y más irregulares, debido á que en ciertas partes la masa se estira en forma de prolongaciones obtusas, llamadas *seudopodios*, que después se retraen para volver á formarse otras iguales, en diferentes puntos. Hacia estos pseudopodios se dirigen las granulaciones que se ven flotar en el protoplasma trasparente y por fin este es arrastrado á su vez en el mismo sentido. Es así que estos seres se arrastran sobre los objetos que les sirven de soporte, ya sobre el barro ó piedras del fondo del agua, ya sobre filamentos de algas ó sobre el cuerpo de otros organismos.

Los fenómenos de nutrición son tan sencillos como éstos que acabamos de describir. En ellos, la endósmosis y difusión desempe-

ñan el papel principal. Es sin duda por medio de estos fenómenos físicos que se operan los cambios de gases, entre el organismo y el medio acuático y la entrada y salida de líquidos. La absorción de partículas alimenticias es bastante curiosa. Cuando el *Protamoeba* tropieza en su camino con algún cuerpo extraño muy pequeño, lo envuelve completamente: si es propio para la nutrición, una diatomea por ejemplo, lo disuelve lentamente y lo transforma en su propia sustancia, en el caso contrario lo arroja fuera de sí. La reproducción, como lo dejamos dicho más arriba, se verifica por simple división.

Verdaderamente estos organismos sin órganos ni forma definida, de contornos cambiantes, despiertan en la mente del observador una serie de ideas que se relacionan con la generación espontánea; pero cuando se reflexiona con detención sobre el modo que tienen de reproducirse no podemos menos de pensar en la existencia de otros seres más rudimentarios, más imperfectos, seres, en una palabra, que no posean, por ejemplo, la propiedad de dividirse espontáneamente, como la posee el *Protamoeba* y sus congéneres y que á nuestro juicio, es una propiedad adquirida.

Habiendo encontrado en nuestras observaciones microscópicas un organismo que según nuestro parecer realiza estas condiciones, vamos á describirlo creyendo que con ello contribuimos en algo al adelanto de la interpretación racional del origen mecánico de los primeros organismos.

Ya los datos que suministran las ciencias en nuestros días, nos habilitan para creer con fundamento que los primeros seres que aparecieron sobre el globo, no son obra de un poder sobrenatural, ni hijos de una fuerza oculta, independiente de la materia.

Los que, argumentando sobre las célebres experiencias de Pasteur, pretenden que no se puede creer razonablemente en el origen puramente mecánico de la vida, olvidan que lo único que se ha demostrado con ellas es, como lo dice muy bien Gegenbaur, que en ciertas y determinadas condiciones no nacen seres orgánicos. Pero esto no excluye en manera alguna que, bajo la acción de otras que todavía no ha podido realizar el hombre, no puedan formarse esos seres, los más rudimentarios que se puede imaginar.

Por otra parte, la distancia que parecía existir entre los cuerpos inorgánicos y los organizados, se ha acertado singularmente con el descubrimiento de las móneras, la síntesis de una serie de compuestos orgánicos y el estudio del protoplasma. Sabemos también

que las acciones vitales en general, hasta donde nos es dado alcanzar, se reducen á cambios de lugar de las partículas de la materia, que un día nos hará conocer, como lo dice Huxley, la física molecular, estudiando el protoplasma vivo.

Y aunque hasta hoy la generacion espontánea no se haya demostrado experimentalmente, debemos admitirla, para explicar científicamente la aparición de los primeros organismos en el seno de la materia por leyes físico-químicas, á trueque de hundirnos en el caos de lo sobrenatural.

Se convendrá con nosotros en la importancia de esta cuestion, si se reflexiona que una vez resuelta, el espíritu humano se liberará de un peso que lo abruma y le impide caminar con holgura en el sendero de la verdad.

Pasemos ya, despues de estas ligeras consideraciones á describir el moneriano que hemos descubierto en nuestras observaciones microscópicas.

HELOBIUS OTERII, (1) ARECH.

El HELOBIUS OTERII es un organismo sumamente simple, masa protoplasmática, enteramente desnuda y sin núcleo. En estado de reposo afecta formas irregulares, con tendencias á la esférica (Lámina I, figs. 1, 2 y 3). Su tamaño varía entre 0.^{mm} 2 á 0.^{mm} 8. Su coloracion es de un rosado muy ténue, medio trasparente. Vive entre filamentos de algas conjugadas, oscilarias, diatomeas y otros seres inferiores que hemos bosquejado en la lámina primera, al lado de las figuras 1, 2 y 3, para dar una idea aproximada de ellos. Cuando entra en movimiento, el protoplasma se extiende, los contornos se hacen más y más irregulares, apareciendo numerosos pseudopodios filamentosos, terminados en punta fina, que acaba por confundirse con el color del agua, (figuras 4, 5 y 6). Observados con un aumento de 1,200 diámetros, el protoplasma aparece formado por una red de finísimos filamentos transparentes, sembrado de pequeñísimas granulaciones.

CONJUGACION Y DIVISION DEL HELOBIUS. *Conjugacion.* La falta de diferenciacion absoluta de estos protoplasmas, la revela el hecho de

(1) HELOBIUS, de *hélos*, bañado, y *bios*, vida. Hemos dedicado la especie al Dr. D. Manuel B. Otero.

que cuando se encuentran dos de ellos, se fusionan inmediatamente y se confunden. En las figuras 7, 8, 9 y 10 hemos dibujado el fenómeno desde su principio hasta su completa terminacion. Las figuras 11 y 12 representan dos estados de una serie de formas que despues de la conjugacion reviste.

Division—Otro fenómeno curioso que presenta nuestro Helobius, es el de la division. Esta nunca se verifica de una manera regular, como en otras formas inferiores, por estrangulamiento en dos partes iguales, cuando han adquirido un cierto volúmen, que podemos llamar específico, sinó que tiene lugar accidentalmente y en cualquier grado de desenvolvimiento que se halle. Así como se le vé en la figura primera de la lámina II, es atraído en direcciones opuestas por los objetos que lo rodean, y en medio de los cuales se le encuentra siempre, ya en el estado de reposo, como en el de actividad, de manera que una parte de la masa protoplasmática es atraída en un sentido y otra en el opuesto, se van alejando más y más hasta que al fin la parte delgada que las relaciona se rompe ó es rota por algun infusorio que acaso tropieza con ella, como lo hemos visto muchas veces. Pero no es solo en dos partes que el Helobius puede segmentarse, sinó en tres ó cuatro á la vez. Véanse las figuras 2, 3 y 4. Estas divisiones tienen lugar siempre, en medio de filamentos de oscilaria sobre los cuales se arrastra comunmente. Se le ve por ejemplo desaparecer entre una multitud de objetos y al rato mostrarse por aquí y allá en dos, tres ó mas puntos, estirado, diforme (figura 2).

Nutricion.— Cuando el Helobius tropieza con alguna pequeña diatomea ó fragmento de oscilaria, lo envuelve. Entonces deja de emitir pseudopodios, los contornos se redondean, siendo generalmente la forma y el tamaño del objeto envuelto que determina la del Helobius (fig. 5, 6 y 7, lám. II).

El protoplasma en contacto inmediato con la sustancia alimenticia, se hace mas fluido y trasparente y poco á poco acaba por disolverla y asimilarla. Una vez terminado este trabajo, de nuevo empieza á emitir pseudopodios y á presentar la série de fenómenos que acabamos de bosquejar. Jamás hemos visto al Helobius proveerse de membrana ni dividirse de otra manera que la descrita.

Positivamente este sér es uno de los más rudimentarios que conocemos. Sin diferenciacion ninguna, como el *Protamoeba primitiva*, es inferior porque no tiene aún la propiedad de dividirse espontáneamente en dos partes iguales que poseen no solo el *Pro-*

tamoeba, sinó las otras especies de los géneros *Myxastrum*, *Protomyxa*, etc. Por esto, en la clasificación zoológica debe ocupar el rango mas inferior entre los moncrianos, cerca de los *Pelomyxa*, *Protobathybius* y *Bathybius*.

Hemos creado un género nuevo para este sér, porque ninguno de los tres que aquí citamos le conviene por el significado que tienen. En efecto, el primero significa plasma del barro, y los otros dos, vida de grandes profundidades.

Si el tiempo nos ayuda, pensamos describir en estos ANALES otros organismos del mismo grupo y extendernos entónces sobre los fenómenos de fusión y división que caracterizan al *Helobius*.

EXPLICACION DE LAS FIGURAS

LÁMINA PRIMERA

Figuras 1, 2 y 3. — *Helobius Oterii* en descanso.

Figuras 4, 5 y 6. — El mismo en actividad.

Figuras 7 y 8. — Encuentro y mezcla de dos individuos.

Figura 9. — Estado más adelantado de la mezcla.

Figura 10. — Completada ya.

Figuras 11 y 12. — Aspecto fusiforme que despues de la mezcla presenta el *Helobius*.

LÁMINA SEGUNDA

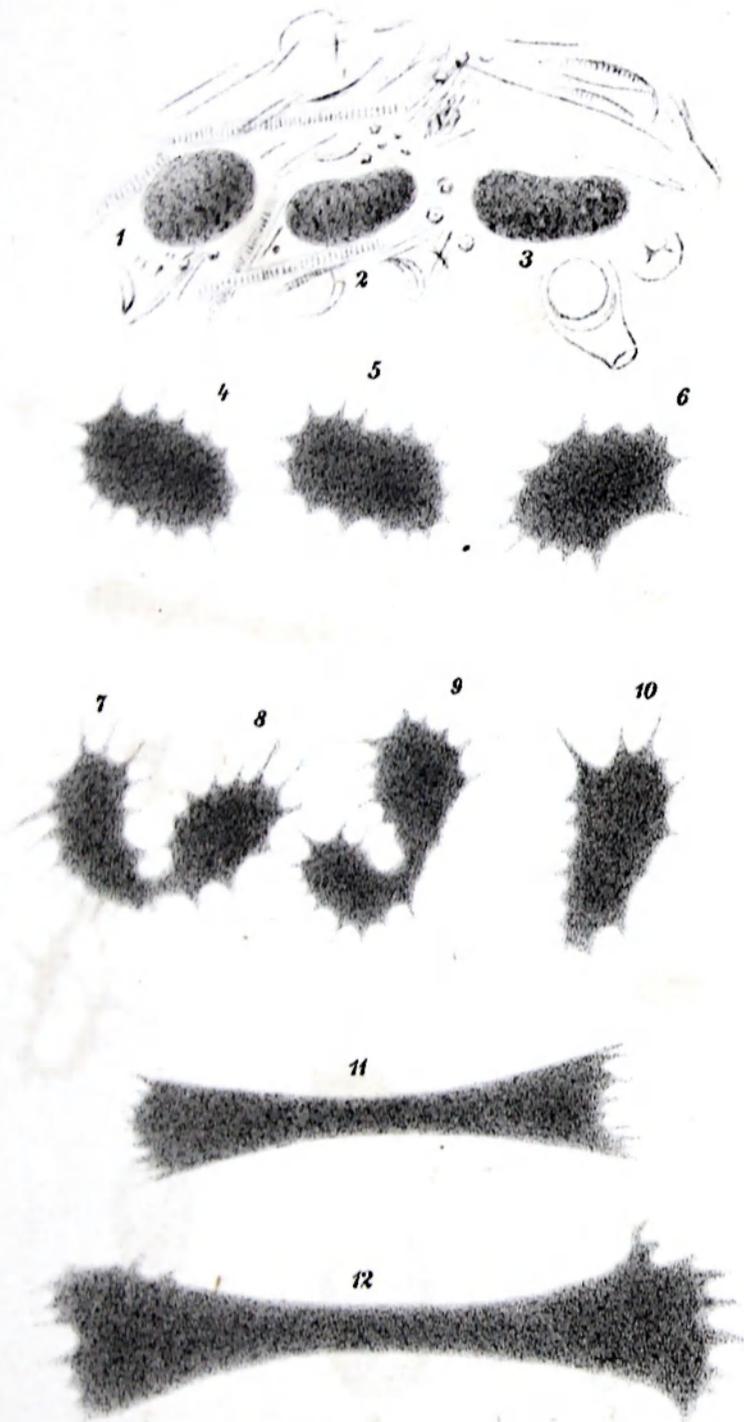
Figura 1. — *Helobius Oterii* moviéndose entre filamentos de *oscilaria*, *diatomeas*, etc., y atraído en distintas direcciones. La masa se ha estirado considerablemente, y está representada en el momento de romperse.

Figura 2. — Otro caso de división, para mostrar que ella no se verifica regularmente.

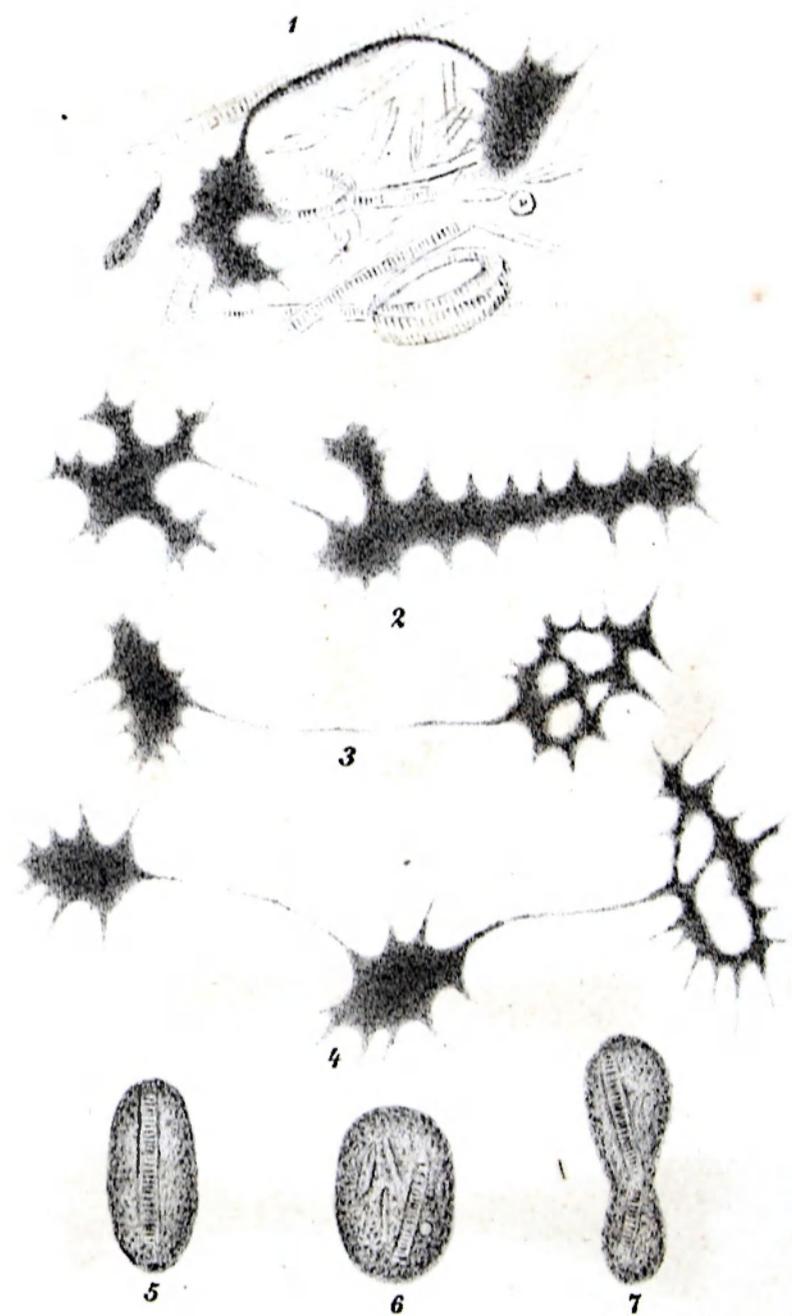
Figuras 3 y 4. — Otros casos variados de rompimiento.

En estas últimas figuras no hemos dibujado los organismos de diferentes especies que rodean al *Helobius*, con el objeto de simplificar; pero en todas ellas, naturalmente, los fenómenos se verifican como están representados en la figura 1.

Figuras 5, 6 y 7. — Tres individuos en momentos de digerir sustancias alimenticias (*oscilaria*, *diatomea*, que se ven en su interior).



HELOBIUS OTERII



HELOBIUS OTERII

El «Torquemada» de Víctor Hugo (1)

(TRADUCIDO DEL ITALIANO PARA LOS «ANALES DEL ATENEO DEL URUGUAY»)

POR DON P. ANTONINI Y DIEZ

¿Un drama? No por cierto. Decid más bien una fantasía lírica gr. tesca y sublime, y habreis acertado.

Hernani, *Lucrecia Borgia*, *Marion de Lorme* hasta los *Burgraves*, que parecen el balbuceo de un Esquilo caduco, todos han tentado la prueba de la escena ántes de presentarse al público bajo la modesta forma del libro. Todos, uno despues de otro, nos han declamado sonoramente sus amores caballerescos, sus terrores y sus penas de madre y de amante, sus sueños de leyenda; todos unos tras otros, han tratado de ilusionarnos con un semblante de cuerpo, con una simulacion de vida, y todos han desaparecido, fantasmas grandiosos, dejando en pos de sí un vago ruido de cosas, un extraño fulgor de apariciones que ahora nos hace sonreír y pensar.

Torquemada, por el contrario, se nos presenta directamente sin pasar por la escena.

Es que los tiempos han cambiado. Hoy no basta ya ser un fantasma ó poder declamar versos sublimes para atreverse á subir á las tablas y mostrarse á la gente. Es preciso ser una criatura humana viva, una criatura nerviosa, débil ó fuerte, apasionada ó mala, que se retuerza entre las ligaduras de la realidad; que hable nuestro language, que lleve nuestros vestidos, que nos haga sentir singultos interrumpidos, arranques de llanto, y todas las rebeliones ó ironías que nos agitan el corazon, porque nos pertenecen: es menester, en fin, llamarse Margarita Gautier, Navarette, Suzana d'Ange, ó bien de Jalin, Mastro Guerin, Giboyer, Juan Giraud; y no *Borja* ó *De Lorme* y no *Hernani* ó *Torquemada*.

(1) Paris, Calmann Levy 1882.

En efecto: el poeta ha titubeado largos años respecto á la suerte de este trabajo. Y ahora resignándose, por fin, á darlo á luz en volumen, parece decirnos:

—Tomadlo como es, drama, poema lírico, vision.....; á mí nada me importa. Es mi concepto, es mi emoción, es mi palabra: no va yaís mas allá: bastos.

No, poeta, no basta!

¿Qué nos importa de tu concepto abstracto, de tu emoción indefinida?

Hé ahí la terrible figura del gran Inquisidor de España. Tú has penetrado dentro de su alma con tu profunda mirada y le has arrebatado el secreto de su fuerza, de su personalidad, de su carácter, ó por lo ménos, lo que á tí te ha parecido tal.

Fué un momento!

Y la terrible figura de aquel monje dominicano que en diez y seis años quemó ocho mil personas, cinco mil quinientas quemó en efígie; que de otras noventa mil, parte selló con el estigma de la infamia, parte sepultó en la cárcel perpetua y desperdició con la confiscación: y aquella aviesa figura del Inquisidor, que dominó al Rey, que luchó con el Papa, que no se cuidó de otra cosa en el mundo sino de su terrible tribunal y de sus tremendas instrucciones, no apareció á tu vista como una figura vulgar de monje sanguinario, complaciente instrumento político en manos de un Monarca Español, cruel perseguidor de víctimas inocentes por avaricia de riquezas: al contrario, se irguió ante tí, gigante, fiera de su alto concepto de redención, fuerte en su conciencia de teólogo y de inspirado por Dios. Entonces tú la viste gemir con un acento de inmensa tristeza.

«D'un côté

La terre avec la faute, avec l'humanité,
Les princes tous couverts de crimes misérables,
Les savants ignorants, les sages incurables,
La luxure, l'orgueil, le blasphème écumant
Sennacherib qui tue et Dalila qui ment!

Tous, grands, petits, souillant le signe baptismal,
A tatons, renian Jésus, faisant le mal,
Tous, le pape, le roi, l'évêque, le ministre. . . .
Et de l'autre côté l'immense feu sinistre!
Ici l'homme, oubliant, vivant, mangeant, dormant.
Et là les propendeurs sombres du flamboient!
L'enfer!

. . . . Mon Dieu! qui donc aura pitié?»

Y te estremeciste á su grito de regocijo:

«Moi! Je vient sauver l'homme. Oui l'homme amnistié,
J'ai cette obsession. En moi l'amour sublime
Crie, et je combatterai l'abime par l'abime
.....
Que faut-il? Le bucher. *Cautériser l'enfer.*»

Y tus entrañas se conmovieron ante aquella profunda compasión que se transformaba en delirio:

«Terre, au prix de la chair je viens racheter ton ame,
J'apporte le salut, j'apporte le dictame,
Gloire à Dieu! Joie à tous! Les cœurs ces durs rochers
Fondront. Je couvrirai l'univers de buchers
Je jeterai le cri profond de la jeunese.
Lumière! et l'on verra resplendir la fournaise
.....
Je ferai flamboyer l'auto de fé suprême,
Joyeux, vivant, celeste! O, genre humain, je l'aime!

Ciertamente de ese modo, Torquemada es una noble creación, talvez mas aproximada á la verdad de lo que muchos creen, y haberlo concebido así, serenamente, sin preocupaciones humanitarias, fuera de cualquier rencor político y religioso; y el no haber visto en él nada mas que la altura del justiciero que hiere, inexorable, porque ama fuertemente; que mata el cuerpo, como cosa accidental porque quiere salvar el alma que es lo esencial, es un relámpago de génio digno de Victor Hugo y de cualquier otro grande poeta. Shakespeare, el creador de hombres, no lo habria concebido de otra manera.

Sin duda, á tanta fuerza de ideal celeste, Shakespeare habria mezclado algo de humano. Una sombra de duda, un relámpago de existencia habrian venido de trecho en trecho á turbar aquellas fibras tiasas, á golpear á la puerta de ese corazón tan violentamente cerrado á todo sentimiento de piedad terrena.

Shakespeare, no nos habria dado un Torquemada todo de una pieza, sin desfallecimientos, sin miedos. Habria recordado que hubo un tiempo en que el Torquemada de la historia temblaba por su vida y no se atrevia á dar un paso sin estar escoltado por cuarenta ginetes á caballo y por doscientos infantes; habria recordado que el grande Inquisidor, asociando á la absoluta certidumbre de la fé las supersticiones de la alquimia contemporánea, tenia siempre sobre la mesa un diente de unicornio para defenderse con la supuesta virtud del mismo, contra los amaños del veneno.

Nos habria dado en suma una criatura viviente, no una abstraccion.

—Tomadlo como es, drama, poema lírico, vision: á mi nada me importa. Es mi concepto, es mi emocion, es mi palabra: no vayais mas allá: *básteos*.

No, no puede bastar: porqué no hay temple de génio, no hay resplandor de imágenes, ni música de Bethoven en verso, que puedan suplir lo que es absoluto en el arte, esto es, el organismo y la forma.

Y luego un drama debe ser un drama, no un poema lírico, no una epopeya: ni basta escoger tres conceptos y ponerlos en parangon ó en lucha, para poder decir: hé ahí la vida: el drama está ahí. Esto, que en el mundo del pensamiento puede ser, no lo es en el mundo del arte.

Es pueril ó senil como se quiera, figurarse que llamando *Francisco de Paula* el concepto abstracto del esceptismo egoista, que no piensa sino en la salvacion espiritual: que llamando *Borja* el concepto de la fruicion física y bestial de los placeres sexuales; que llamando *Torquemada* el concepto abstracto del vecdor que abraza con amoroso impulso todas las criaturas humanas, se haya hecho lo necesario para la transformacion de esos conceptos en realidades artísticas palpitantes de vida. Algo mas es necesario.

Por eso cuando encontramos en el segundo acto esas tres apariencias, no nos ilusionamos en el momento. Y cuando oimos decir á San Francisco de Paula con su mística sonrisa de Santo,

«Fils, toujours pardonner et toujours espérer
Ne rien frapper, ne point prononcer de sentence
Si l'on voit une faute, en faire pénitence
Prier, croire, adorer. C'est la loi; c'est ma loi
Qu'il l'observe est sauvé;

y oimos á Torquemada contestarle:

Ah, tu sauve, oui!
Mais qu'est ce que tu fait de tes frères les hommes?
.....
Tu n'a donc pas en toi, comme le Dieu qui crée,
Une paternité formidable et sacrée?
Et la famille humaine est-ce que ce n'est rien?
Mais on a soin d'un boeuf! Mais on guerit un chien!
Et l'homme est en danger! Tu n'a donc pas d'entrailles!
.....
Ces petits enfants, ciel! être a jamais brulés!
Toutes ces femmes, tous ces vieillards, tous ces hommes!

Tous ces esprits, tombés aux hurlantes sodomes!
Courrez! sauvez à coups de fourche ces maudits!
Et faites-les rentrer de force au paradis!

y cuando, terciando entre ellos, Borja canta su himno epicúreo á la vida, al placer, al triunfo de los sentidos,

Je suis une faim vaste, ardente, inassouvie
Mort, je vais l'oublier. Dieu, je veux l'ignorer;

y el santo pregunta espantado:

que est ce que ce bandit ?

y Torquemada contesta:

« Mon père, c'est le pape. »

nosotros quedamos frios, desconfiados como ante todo aquello que es pura declamacion, pura ostentacion de conceptos, pura retórica, en fin.

*
* *

Y es así como el grande hombre de accion, que fué Torquemada, no hace casi otra cosa, que recitar espléndidas disertaciones en todos los cinco actos del drama.

Al poeta le ha parecido suficiente poner alrededor de Torquemada los títeres de un Rey Fernando, de una Reina Isabel, de un marqués Fuentel y de Gucho el bufon del rey: le ha parecido suficiente entregar á su mística exaltacion á D. Sancho de Solinas y á Da. Rosa de Ortez, dos infelices amantes, sombras prerafaelsecas que para salvarlo del *in pace*, han levantado la piedra sepulcral con el puntal de fierro de una cruz.

¿Qué mas se querría? El poeta, ya lo sabemos, no busca una realidad artística, sino un velo diáfano para su concepto, una imagen sin consistencia que lo deje fácilmente traslucir. Nada le urge sino eso, sobre todo eso. Lo demas es una concesion que hace bien á su pesar. Por lo cual todo le parece bien, aun lo infantil, aun lo absurdo.

« Vous me sauvez, je jure enfants de vous le rendre »

dice Torquemada á los dos jóvenes enamorados al final del prólogo.

Varios años despues, en el momento en que estos trepidan bajo la amenaza de un gran peligro, en el momento en que su felicidad

de amantes, su misma vida, todo depende de un hilo que está en sus manos omnipotentes, una palabra, un recuerdo se escapa de los labios de D. Sancho.

«Où, je pris la croix, bon lévier, certe,
Et grace à cette croix la tombe s'est ouverte.
Et vous êtes sorti du sépulcre vivant.

TORQUEMADA. (*a part*) Oh ciel! ils sont damnés!

DON SANCHO. A nous deux, moi levant

Sa pierre, elle pesant sur la barre et penchée,
Nous ouvrimos la fosse

TORQUEMADA. (*a part*) Une croix arrachée!
Sacrilège majeur! Le feu, l'éternel feu
Sous eux s'entrouve! Ils sont hors de salut!

.....
Une croix arrachée!

Une croix! C'est égal. Sauvon-les autrement

DON SANCHO. Notre salut, c'est vous seigneur.

TORQUEMADA. Soyez tranquilles

Que je vous sauverai.

Y mientras los dos amantes ebrios de felicidad, se murmuran en el oído las mas suaves palabras de amor, se vé aparecer á lo léjos é irse acercando lentamente los adictos de la Santa Inquisicion, precedidos de su bandera negra, con el emblema de una calavera entre dos huesos en cruz—Cielos!—esclamó D. Sancho espantado. Y el drama concluye.

*
* *

Todo esto es artificial, mezquino, supremamente ridículo. ¿A ese Torquemada que ha pregonado su cruzada contra el pecado, contra la blasfemia, contra los brutales renegadores de la sangre de Jesus; á ese Torquemada que enciende hogueras, que marca con el estigma ardiente, que encarcela, que confisca en nombre y por cuenta de la justicia de Dios; á ese grande inquisidor, á ese grande teólogo, le es concedido, pues, improvisamente descender de su altura, tornarse un vulgar supersticioso, un pobre casuista, un monje infeliz, y no distinguir entre una intencion buena y un pecado mortal, y mandar á la hoguera dos jóvenes hermosos y amantes, la misma inocencia, la pureza misma?

Pero Victor Hugo no se cuida de eso.

Torquemada que ahoga todo sentimiento de gratitud cuando está de por medio la venganza de Dios; Torquemada, que no se deja conmover por la juventud, por la belleza, por el amor y tampoco

por la inconciencia del mal, es sin duda lo sublime de la demencia divina.....

Sí, no hay duda. Mas ¿la forma? mas ¿la vida? Se ha pretendido darnos una obra de arte, un drama..... sino me engaño.....

Hé ahí á qué inanidad de flores retóricas ha podido Victor Hugo reducir una concepcion nueva, atrevidísima, profundamente verdadera y dramáticamente sublime.

¡Oh poetas, oh artistas! *Discite justitiam moniti et non temere divos!*

Roma, Julio de 1882.

El Dr. D. José María Vidal

POR EL DR. DON PABLO DE-MARÍA

Era un talento, — y era algo mas aún: — era un corazon y un carácter.

No hubo en la generacion á que perteneció un pensador mas profundo, un manantial vivo de mas nobles sentimientos, un alma mas templada y austera.

Immenso es el vacío que nos deja su muerte.

Pero ¿nada queda entre nosotros de aquel espíritu bueno y grande?

Queda su ejemplo, el ejemplo de toda una vida consagrada á la práctica del bien y al apostolado de la verdad.

Murió sin ver realizadas sus aspiraciones de patriota, — ¡qué decimos! — murió viendo hundidos en el lodo sus bellos ideales y triunfante, endiosado, lo que su conciencia reprobaba. — Quizá, para su alma pura, ha sido una felicidad la muerte, — la muerte que cerrando para siempre nuestros ojos nos sustrae de la contemplacion de los espectáculos que nos repugnan ó nos avergüenzan..... — Pero nó! — eso sería egoismo, y pasión tan mezquina jamás pudo abrigarse en aquel corazon fuerte y generoso.

Bajo la naturaleza débil y enferma de José María Vidal se encerraba un alma de acero que el mal jamás pudo doblegar.

¿Son soñadores los que creen en el bien, y le aman, y hacen de él el culto de su vida?

Pues al número de esos nobles soñadores pertenecia el compañero cuya pérdida hoy nos acongoja.

¡Dichoso de él que murió sin haber despertado de tan hermosos sueños!

Muchas son las lágrimas que la muerte de José María Vidal provoca, pero nunca serán bastantes en comparacion de la inmensidad de la pérdida que las hace brotar.

Socio fundador del Club Universitario, cuya tribuna ilustró mas

de una vez con su palabra, el Dr. Vidal estaba ligado al Ateneo del Uruguay por vínculos estrechos y sagrados.

El Ateneo lo llora, como lo lloran todos los hombres de bien.

Cuando nos llegó la fatal noticia del fallecimiento del Dr. Vidal, ya estaba impresa la mayor parte de este número de LOS ANALES. — Por eso no aparece todo de riguroso luto, como lo deseábamos. — Mas ¿qué importa que falte esta demostracion material de duelo? — El luto lo llevamos en el fondo de nuestro corazon.

¡Cuán consoladora es la idea de la inmortalidad en presencia del cadáver de un ser querido! — Víctor Hugo lo dijo al sepultarse á Federico Soalié: — “Los pensadores no desconfian de Dios. — Miran tranquilos, con serenidad, algunos hasta con alegría, esta fosa sin fondo. — Saben que en ella el cuerpo encuentra una prision, pero que el alma encuentra alas. — Ah! — las nobles almas de nuestros llorados muertos no son presas de un engaño. — No: la nada no es más que una mentira. No: ellas no encuentran en las tinieblas esa cautividad espantosa, esa horrible cadena que se llama la nada. — Continúan allá en un desenvolvimiento mas magnifico el vuelo sublime de su destino inmortal!”

Las tumbas de los pensadores que mueren en su ley, como la muerto Vidal; — de los apóstoles de la religion cívica, que jamás han abandonado sus altares; — de los ciudadanos austeros que han tenido para el crimen prepotente, siempre el anatema severo de la conciencia indignada, nunca la genuflexion humillante del palaciego, ni siquiera la disculpa complaciente del contemporizador, — esas son las tumbas que debemos regar con nuestras lágrimas, — esas son las tumbas que, cubiertas de simbólicas siemprevivas, debemos señalar permanentemente al culto de nuestros conciudadanos!

Transfusion directa de sangre viva

Como uno de los triunfos mas espléndidos de la ciencia, vamos á transcribir, de las columnas de *La Nature*, para las de los ANALES DEL ATENEO, un caso de transfusion directa de sangre viva con éxito feliz, verificado por el Dr. Roussel.

La transfusion de la sangre se impone hoy por su eficacia incontestable y por la imposibilidad de reemplazarla por ningun otro medio equivalente en los casos de anemia extrema en que la vida se halla amenazada. Entre los procedimientos mas recomendables, citaremos los de los doctores Oré, de Burdeos, y Roussel, de Ginebra. Este último ha verificado recientemente una cura notable que ha despertado vivamente la atencion del mundo médico y que tenemos la suerte de señalar á nuestros lectores; los hechos, es sabido, hablan por sí mismos; los espondremos muy sucintamente.

La señora M..., de 31 años de edad, tuvo cinco hijos vivos y dos abortos. En Diciembre de 1881, despues de seis meses de gestacion, la señora M... dió á luz dos criaturas, una de ellas muerta y la otra solo vivió algunas horas. La enferma, que á pesar de todos los cuidados que se le prodigaron se debilitó gradualmente de semana en semana, fué cuidada por su médico, el Dr. Chauvin, por el Dr. Brochin, hijo y por el Dr. Pean. El 31 de Enero su estado había empeorado y el 1.º de Febrero no daba ya esperanzas: inapetencia, vómitos, insomnio, inercia, diarrea, fiebre héctica anémica, faz cadavérica, muerte próxima, tales eran los síntomas del mal. Los Dres. Pean y Brochin, indicaron entónces la transfusion, como último recurso. Fué verificada por el Dr. Roussel, quien describe en estos términos esta notable operacion.

5 de Febrero. El Dr. Brochin llega al Gran-Hotel y pide mi concurso; veo á la enferma inerte, casi sin conocimiento, sin calor, sin respiracion, pálida como un cadáver, venas invisibles, pulso filiforme á 140. El corazon y los pulmones me parecen sanos, consiente en operar la transfusion.

7 de Febrero á las 4 de la tarde. La enferma se halla en el estado descrito mas arriba; hoy ha tenido diez y nueve veces la diarrea, el pulso filiforme y trémulo á 150.

La hermana y el marido me ofrecen su brazo; despues de exámen, prefiero escoger en otra parte; me indican en la calle un negociante que ocupa un gran número de obreros robustos.

El Sr. Z... comprende inmediatamente la importancia de mi pedido, y hace venir á sus obreros, á quienes explico que se trata de salvar á una madre de familia, dándole un poco de sangre que tomaré del brazo de uno de ellos por medio de una simple pinchadura cuya inocuidad afirmo. Varios aceptan. Elijo un hombre de treinta años, robusto y sano, llamado Adriano Renaud.

Subimos á casa del enfermo; los Dres. Brochin y Chauvin, el marido, la hermana y otros parientes que se hallan presentes. El transfusor se lava en agua caliente adicionada de un poco de soda. Descubro el pecho de la enferma; su brazo está estendido en la orilla del lecho.

Coloco á R... sentado, con el brazo paralelamente estendido y rodeado por una venda de sangría que hace hinchar sus venas. Despues de haber buscado cuidadosamente y señalado con tinta el trayecto de la arteria humeral en el pliegue del codo, marco á dos centímetros afuera del trayecto de la arteria un punto de tinta sobre la vena mediana que se presentó bien saliente y dilatada por la sangre. Apoyando el cilindro inicial del transfusor de manera que figura la circunferencia de este punto central, hago adherir la ventosa anular por una presion sobre su globo.

Despues, volviéndome hacia la enferma, constato que sus venas están invisibles, tal es el estado de debilidad.

Consigo, sin embargo, reconocerlas, vendando el brazo. Levanto entónces un pliegue de la piel, transversal á la vena mediana; la inciso con el bisturí; la vena aparece azulada y muy estrecha. La pincho con una erina fina, despues saco la venda y confío al doctor Brochin el cuidado de incindir un pequeño labio sobre la vena con la punta de una tijera fina, y de introducir la cánula en el calibre estrecho del vaso. En esta operacion se escaparon unas cuantas gotas de sangre pálida muy difluente é incoagulable.

Durante este tiempo he sumerjido la campana del tubo aspirador del instrumento en un vaso de agua caliente de 40 grados poco más ó ménos. Por la maniobra del globo-bomba, el agua ha llenado todo el transfusor, calentando sus paredes y espulsando el el aire que contenía. Cuando todo el aire fué espulsado por el agua, el Dr. Brochin introdujo la cánula aferente en la vena de la enferma, que se halla en un estado tal de inercia y de anestesia

anémica que ni siquiera se estremeció, ni durante la incisión de la piel, ni durante la preparación de la vena.

Nuestros dos sujetos están reunidos en este momento por un canal continuo y lleno de agua y por lo tanto exento de aire.

Un golpe seco en la cabeza de la lanceta abre la vena de R..., su sangre aparece en seguida en el orificio de los tubos, despues de haber rechazado el agua. El tubo aspirador, así como el de espulsion, están cerrados y queda establecida la corriente sanguínea directa. Con lentitud y sin apartar mi vista del enfermo, aprieto el globo-bomba, la sangre penetra fácilmente por dosis de 10 gramos cada vez; al décimo sistole del globo, la enferma respira mas profundamente y con mas rapidez; interrogada, responde que no siente ningun malestar, pero que percibe un calor que se dirige del brazo al pecho.

El Dr. Brochin constató fácilmente bajo su dedo que la sangre llenaba el tubo de caoutchou y la vena á cada presion que se hacía en el globo; por otra parte veíamos todos que la vena se hacía mas aparente y túrgida hasta cerca del sobaco.

A la décima séptima dosis de 10 gramos, percibiendo que había resistencia en el globo y un poco de agitacion en la enferma, abandoné la transfusion cuando habían pasado á sus venas 170 gramos de la sangre de R...

Los preparativos de la operacion fueron un poco largos, por la falta completa de *confort* y de local en la habitacion; era difícil estar bien alumbrado; el Dr. Chauvin tuvo la bondad de sostener la lámpara para iluminar al uno y al otro alternativamente.

La transfusion en sí misma no duró cinco minutos.

Se curó con una simple venda de tela el brazo de R... que no esperiméntó sino una legítima emocion y volvió á su trabajo muy satisfecho del servicio que había prestado.

8 de Febrero. La enferma ha dormido aunque despertándose muchas veces. Hoy ha comido seis veces, ha hablado en alta voz y no ha sentido dolor ninguno.

9 de Febrero. La operada ha dormido bien toda la noche. Es la primera vez, despues de seis semanas.

10 y 11 de Febrero. Convalecencia asegurada.

12 y 13 de Febrero. La Sra. M... se levanta, está completamente curada, puede prescindir de mis cuidados.

Tal es el caso interesante que hemos querido señalar. Despues de esto, sólo agregaremos algunas palabras acerca del aparato empleado por el Dr. Roussel: su transfusor.

El transfusor consiste en un canal tubular blando, elástico, caliente y húmedo á la manera de los vasos, destinado á ser colocado como una anastomosis entre la vena que dá la sangre y la que la recibe. Este canal lleva una bomba aspirante ó impelente que debe dar la impulsión á la sangre venosa midiendo su cantidad y su velocidad.

Dos bifurcaciones adaptadas la una en el origen y la otra en la terminacion del canal, permiten la entrada y la salida de una corriente de agua caliente destinada á espulsar el aire interior y á calentar el instrumento sin que entre el agua en la circulacion del operado.

El último cristiano

POR D. L. CHIRAPOZU

Esta poesía fué leída en la velada literario-musical del 9 de Agosto por el Sr. D. Joaquin de Salterain, quien la precedió de las palabras siguientes:

Señores:

Por motivos que dolorosamente obligan al respeto de todos y las más de las veces desgajan en flor las mejores esperanzas, no se halla á nuestro lado el modesto autor de los versos con que hoy distraigo vuestra ilustrada opinion.

Antes de partir para el extranjero, y cuando apénas contaba quince años, tuvo á bien confiarme, en un manojito de papeles, sus primeras poesías, y en las intimidades del diálogo, todas las aspiraciones generosas de sus juveniles ensueños.

Sin maestros y sin libros, y lo que es más raro aún, sin pretensiones literarias de ningun género, aun cuando es poseedor de una instruccion poco comun á su edad y de un criterio al que no halagan la admiracion ajena ni la lisonja vana, escribió su coleccion de versos, que no leyó sinó á los propios, en los juguetones conciliábulo de la familia.

Cuando apénas cuenta diez y seis años y una vida literaria que recién esta noche empieza, no es posible prever cuál será el sendero que siga su entendimiento; que no dan razon bastante de la exuberancia de la naturaleza ni el germinal calor de las movibles yemas, ni el odorífero hálito de las primeras violetas. La resolucion de este problema está encomendada al tiempo, y el valorar sus primeros ensayos, mejor que á ningun crítico, al público que me escucha y falla todos los juicios.

Juzgue, pues, al autor, y disimule los errores que involuntariamente cometiera su intérprete.

Sombra!... Incierto rumor.... Silencio luego!....
La luz de la alborada palidece....
Brilla un rayo y despues desaparece,
Un éco suena, y luce de repente
Fantástico, imponente,
Ruinoso templo mudo y solitario
Sobre la triste falda del calvario.

.....
Con tardo pié, por áspero camino,
Inclinada la frente,
En el nudoso báculo apoyado
Camina silencioso un peregrino.
Lleva la huella del dolor impresa
Sobre su rostro pálido y cansado,
Que á veces alza con orgullo osado
Y á veces baja y murmurando reza.

Por fin al templo llega. Se detiene
Bajo la vieja y s litaria arcada,
Que sirve al monumento de portada,
Y en el suelo poniendo la rodilla,
Murmura una oracion.... Llanto copioso
Vierten sus ojos, baña su megilla.

Se alza otra vez y con la frente baja
De nuevo mueve la cansada planta;
Cruza desierta nave,
Derruida, sin luz, y se adelanta
Bajo los mudos arcos de granito,
Cada vez mas sombrío,
Cada vez mas contrito,
Como si cada instante que pasara
Fuera un siglo de duelo y de quebranto.

Nada interrumpe el funeral silencio
Que reina en las calladas soledades
Del arruinado templo!....
Todo está muerto allí: de otras edades
Que no habrán de volver, vive el ejemplo.....

La ruina de la gloria y la grandeza,
De rodillas admira el peregrino,
Y ante el mármoleo altar, que solo polvo
En los cálices guarda,
Toblando la cabeza,
Lágrimas de dolor sus ojos vierten.

El huracan del tiempo y de la idea
La cúpula azotó con saña impía;
El pedestal de mármol
Que la imágen de Cristo sostenía
Cayó de la impiedad al golpe rudo,
Y al Dios de los altares sordo y mudo
Su grey abandonó, que vaga errante
Perdida y sin sendero por el mundo,
Como el huerfano pobre y desvalido,
Sin padres, sin hogar, sin esperanza.

¡Amargas realidades, sombras muertas!
Cumplióse de Voltaire la profecía....
Venció por fin la propaganda impía;
Las aras del Señor están desiertas,
Dice el anciano, y con mortal congoja
Los brazos cruza sobre el pecho y piensa,
Piensa en su Dios, el hombre y en la tierra,
Piensa en la humanidad y en su conciencia;
Pasa algo inexplicable que le aterra,
Y es que su fé vacila,
Y es que siente vibrar la inteligencia,
Al paso que le postra y aniquila.
Quiero rezar, pero el pesar le agobia,
Late su corazon con fuerza estraña
Y en la tormenta que su fé conmueve
Quiero creer que se engaña,
Porque á tanto dudar ya no se atreve.

Canto al arte ⁽¹⁾

(PREMIADO CON MENCIÓN HONORIFICA EN EL ATENEO DEL URUGUAY)

POR DON RICARDO SÁNCHEZ

Dios es del arte la sublime idea:
Que su revelacion del arte sea!

CARLOS ENCINA.

I

¿En dónde empieza el arte?... ¿Fué destello
Que la mente del hombre primitivo
Iluminó en su negra noche, bello,
Dando á sus facultades incentivo,
Cuando al hallarse en la terrestre esfera
Inmensa y solitaria,
Ideó construir su choza necesaria
Para resguardo de la hambrienta fiera?...
¿Un rayo que surgiendo soberano
De la cumbre celeste
Al mortal indicárale el camino
En los albores de su vida agreste;
O la obra solo del trabajo humano
Que deja la materia transformada,
Sin algo que la anime, la dé vida,
Y haga sentir al alma impresionada?...
.....

(1) A mi ilustrado amigo el Dr. D. Alberto Palomeque, dedico este pobre trabajo.—Que al hojearlo en la ausencia, recuerde mi nombre con los de aquellos compatriotas que verdaderamente le estiman, deseándole prosperidades lejos de la desgraciada tierra en que nació, donde goza de las simpatías de todas las personas honradas.

RICARDO SANCHEZ

II

El arte no es la concepcion grosera!...
 No es conjunto de reglas rutinario
 Deteniendo en su espléndida carrera
 La inspiracion que brota
 Del alma humana en acordada nota.
 El arte es la espresion de lo sublime!...
 Es cuanto extraordinario
 Produce el génio. Solo Dios lo imprime
 En el alma del hombre,
 Al darle eual magnífico escenario
 El mundo todo en que gozar renombre!...
 Así yo lo concibo,
 Como el reflejo puro de una idea
 Que embellece al momento lo que toca,
 Que en el cielo del alma centellea,
 Y es el principio creador, activo,
 Que anima hasta la inerte, dura roca!

III

El arte empieza en Dios. En la natura,
 En todo lo creado,
 Hay un reflejo de su luz, que augura
 Un *mas allá* del límite marcado
 A la efimera vida del humano.
 Un algo que la ciencia no lo esplica
 Y es para el sábio misterioso arcano,
 Porque su mudo, celestial acento,
 Tan solo en su transporte el sentimiento
 Concibe y glorifica!...

IV

Todo responde al eternal concierto
 Y obedece á la ley de la armonía...

Nuestro planeta no es bajel desierto
 Que en etérea region vaga sin guía!...
 Desde el rayo que fragua
 Allá en la altura, horrísona tormenta,
 Hasta la gota de agua
 Que miles de infusorios alimenta,
 Llevan el sello impreso
 Del artista divino,
 Indicador al hombre del camino
 Que hoy le guía á la cumbre del progreso!

V

Descendiendo á las obras del humano,
 Del sér privilegiado que animára
 El soplo soberano,
 Cuánta belleza rara,
 Cuánto modelo hallamos en la tierra
 Desde la edad pasada á la presente,
 Que asombrarán á la futura gente
 Por lo grandioso que cada uno encierra!...
 Miguel Angel, Rafael, Mozart, Bethowen,
 Milton, Byron, y muchos otros génios,
 En el antiguo mundo y en el jóven
 Dieron al arte espléndidos proscenios!...
 Los unos, á sus lienzos animaron
 Con riqueza y verdad de coloridos,
 Al pródigioso toque de pinceles
 Por el génio fecundo dirigidos...
 Los otros, hasta mármoles inertes
 Su conjunto bellissimo trocaron
 Al golpe de sus mágicos cinceles.
 Y el músico, el poeta,
 En inspiradas notas concentraron
 Cuánto grande en el mundo se interpreta!...
 Y ya de un modo vago,
 Con sublime lenguaje misterioso,
 Llevando al corazon celesto halago
 En torrente de notas armonioso,

Ya el lenguaje del alma traduciendo
Al humano, vulgar y hasta mezquino
Cuando no se levanta, obedeciendo
Al impulso del génio peregrino! . . .

VI

En el mundo moral, como en el físico
Y en épocas distintas,
Se ven sombras y auroras! . . .
La ignorancia y maldad, jamás extintas;
Y el torpe fanatismo, cuervo inmundo,
Sus fatídicas álas corruptoras
Negras, como conciencia de culpable,
Cerniendo sobre el mundo! . . .
Pero llega momento
En que surge magnífico, admirable,
Iluminando hasta lo más profundo
De la noche del hombre, el pensamiento! . . .

VII

La sombra, de la luz es precursora! . . .
Hasta el genio que habita
En lo más íntimo del alma humana,
Tiene también su aurora
Cuando al fin, soberana,
La inspiración espléndida palpita! . . .
Cuando saliendo del sombrío letargo
En que ha tiempo yacía,
A forma peregrina se reduco
Y ora en el verso amargo
Que el sentimiento del dolor traduce
Con célica armonía,
Ora en el canto magistral escrito
Glorificando á Dios, al héroe, al mártir,
Se encuentra algo infinito

Que no se vé,—se siente, se adivina
Como el perfume siéntese en la rosa,
Y se adivina el beso de la hermosa
Palpitando en su boca purpurina!

VIII

El arte á veces tuvo
Cerniéndose sobre su vasta esfera,
La noche de ignorancia mensajera
Que hasta por siglos su esplendor retuvo;
Pero gozó también sus claridades
Cuando astros de la tierra,—aparecieron
Los génios,—que á través de las edades
Aun destellan sus obras lo que fueron!

IX

Italia nos dió á Dante,
El poeta sombrío,
Que reuniendo fragmentos de un idioma
Lo embelleció, con génio, á su albedrío.
Y de allí no distante
El otro artista de una lengua asoma,
Otro coloso de la ciencia humana;
El artista que tanto
Legára al mundo y á la tierra hispana,
El héroe de Lepanto! . . .
Y en la Francia moderna,
La nación predilecta del progreso,
Palpita siempre jóven, sublime alma,
En donde anida eterna
La inspiración llevada hasta el exceso
Que ha conquistado toda humana palma! . . .
El ser á quien lo plugo
Recibir del Altísimo esa gloria,
Y cuyo nombre vivirá en la historia,
El grande Víctor Hugo! . . .

X

Tambien en la region americana,
 La mas bella region del mundo entero,
 Donde hoy la ciencia con el arte hermana,
 Avanzan del progreso en el sendero,
 Y en mi patria querida,
 La joya de la América preciada,
 Que hoy parece volver á nueva vida
 Por lejítimo anhelo acariciada;
 Donde el progreso intelectual avanza
 De un modo exuberante,
 Dando aliento á los buenos y esperanza
 Para vencer á la maldad triunfante,
 Contemplamos artistas de lo bello,
 Almas que el sentimiento las modela,
 Tocadas por el májico destello
 Que es patrimonio del que en lo alto vela!

XI

Gloria al arte, que todo lo sublima!..
 Gloria al artista eterno
 Cuya sonrisa al Universo anima
 Y ante el cual mi razon y fé prosterno!...
 Músicos y poetas, de las almas
 Celestes mensajeros,
 Producid las gigantes concepciones
 Que al conquistar las anheladas palmas,
 Darán magnificencia á las Naciones
 Y al arte luminosos derroteros.
 Artistas todos de la humana esfera!..
 No detengais el paso vacilante
 Del arte en la mitad de la carrera...
 Adelante, adelante,
 Hasta accecaros al ideal divino!...
 Pero marchad con fino,

Que si el premio á la lucha es la victoria,
 No siempre alfombran flores el camino
 Que dirige á la cumbre de la gloria!...
 Siempre estudiando en el primer modelo
 Con infinito anhelo
 Atravesad la senda de la vida,
 Firme la planta, la cabeza erguida,
 Y el pensamiento levantado al cielo!

Febrero 5 de 1882

La onda y la sombra

(INSPIRADA EN «LOS MISERABLES» DE VICTOR HUGO)

POR DON SANTIAGO MACIEL

I

Un hombre al mar... ¡qué importa!
Su grito entre las ondas no se siente...
La ribera no escucha su plegaria
Y el ave errante que el espacio cruza,
es lo mismo que el mar, indiferente,
muda, como la roca solitaria
que alza en la arena su escarpada frente.

Se anubla la ancha esfera,
viene silbando el viento enfurecido
desgarrando la bruma,
y entre el clamor de su letal gemido,
se escucha el aleteo de la muerte
al sordo golpe de la turbia espuma.

Se agigantan las olas,
se hincha el inmenso mar... late su seno
cual late el corazón que llora á solas:
y las aves marinas, azoradas
van á esconderse en sus ocultos nidos,
arrojando al pasar sobre las ondas
Sus fúnebres graznidos.

Parece que la tierra se disloca
al soplo de una ráfaga que pasa,
Y delirante, loca,
cauta, rio y solloza en sus dolores,
se lamenta en la espuma que palpita,
ruje altiva en sus íntimos temblores,
y en la algazara de las ondas, grita!

Un hombre al mar... ¡Qué importa! .
Una sombra perdida en lontananza
que el negro abismo traga:
¡el último fulgor de una esperanza
que entre el sudario del dolor se apaga!

Lo ha arrojado una fuerza misteriosa
sobre el turbion airado:
en vano pide auxilio,
que para él, está el mar abandonado.
Lucha con la corriente. ¡En vano eleva
su cabeza..! ¡Ya es tarde!
Un abismo lo absorbe y en su espíritu,
el sello horrible del martirio lleva
que le estampó la humanidad corbardo!

Lucha con la corriente que lo arrastra:
su rostro escupe *un populacho de olas*,
el viento en su furor lo abofetea,
la tempestad irónica lo estruja...
y la nube al reír, relampaguea.

Cae la noche medrosa sobre el agua:
nada se vé: ¡la sombra por doquiera!
La helada inmensidad, como un sepulcro,
y con haces de cárdenos relámpagos,
la tempestad enciende
en el confín del ámbito una hoguera.

Parece que la suerte lo aniquila
entre sus férreos brazos;
siente ánsias de llorar!... Su alma está seca!
Se oscurece su frente dolorida
y de su corazón hecho pedazos
se escapan los latidos de su vida.
Y mira al cielo en su dolor inmenso;
invoca á Dios, á Dios que no lo escucha,
que lo ve hundirse y batallar en vano,
y reniega de Dios, y lo maldice!...
—Aún en la muerte misma,
es insensato el corazón humano!

Confuso clamoreo se levanta:
 el viento, el mar, la noche
 en cuyo seno el vendabal fermenta;
 los andrajos de nubes encendidos
 que alumbran como antorchas funerarias
 la hirviente bacanal de la tormenta. . . !
 Toda esa mezcla de incesantes ruidos
 que el huracan sobre la noche arroja,
 parece que lo insultan,
 que le hablan un lenguaje de gemidos
 Insólito, salvaje,
 que hacen befa brutal de su desgracia
 en el sordo crujir del oleaje,
 y en medio de ese afan que le tortura,
 sobre el piélago inmenso abandonado,
 se siente caer y hundir en el abismo,
 sin fe . . . ! sin ilusiones . . . desolado !

¡ Y ha de morir . . . y ha de morir ! . . . ¡ mentira ! . . .
 ¿ Quién habla de morir, cuando se vive,
 cuando existe una mano que en el alma
 con áureas letras " esperanza " escribo ?
 No es posible morir . . . oh ! no es posible ! . . .
 Se distingue una luz en lontananza:
 es una nave que las ondas cruza . . .
 ¡ un rayo del fanal de la esperanza !

Mira la luz el naufrago abatido,
 aquella incierta luz que cree una aurora:
 tráe el viento rumores á su oído,
 rumores que se mezclan á su acento,
 y la nube del cielo aterradora,
 cual si burlara su ilusion, estalla !
 ¡ Y el eco de su grito moribundo,
 Entre el clamor de la tormenta, calla!

Y aquella luz, se aleja,
 tiembla al embate de las ondas, gira:
 Parece que algo busca entre las sombras:
 y el martir que se queja,
 y el martir, que la mira

con ojos devorantes alejarse,
 jadeante por la fiebre de la lucha
 que doblega su frente,
 se erce parte del agua que lo absorbe:
 ¡ alga deshecha con que el viento juega,
 que arrebatada la rápida corriente,
 y dócil á la ley de su destino,
 deja llegar la espuma que lo azota ,
 y obedece la voz del torbellino
 que cae del seno de la nube rota!

Aire glacial penetra en sus entrañas;
 su corazón se oprime, y misteriosa
 la onda arrastra una queja de agonía:
 y en el negro sudario del Océano,
 y en la nube andrajosa,
 túnica móvil de la noche fría—
 se descubre un arcano:
 ¡ gérmen de abismo que la muerte crea!
 ¡ fantasma horrible que al tender su mano,
 la esfera se estremece y bambolea !

Siente horror, y sus párpados se cierran:
 ¡ ya no hay mas esperanza que la tumba!
 " Muere ", alzándose el piélago, le dice !
 " Muere ", le dice el huracan que zumba !
 Fatalidad sangrienta que lo empuja,
 Viento de maldicion que el orbe agita,
 Hábito de esterminio, que en el seno
 del huracan palpita.
 Salvaje burla, que en las alas baja
 de la tormenta fiera,

Azote de ese génio misterioso
 que destroza el bajel en la ribera,
 que hunde en el polvo al peregrino errante,
 que mata la ilusion que se despierta
 cuando al soñar el alma, una sonrisa
 su virgen seno pliega y nos sonroja,
 y á la mañana, yerta,
 la flor de nuestros sueños, se deshoja !

¡Carcajada estridente de la suerte,
que vibra sobre el mundo de la vida
con el timbre siniestro de la muerte,
y que cual sierpe herida,
penetra en el hogar.... muerde, envenena,
y oscurece el fulgor de la esperanza
con la sangrienta sombra de la pena!

.
.

Aun parece que brilla en las pupilas
del náufrago perdido,
un rayo de existencia.—El horizonte,
el color del relámpago refleja,
y del viento el silbido
sobre el dorso del agua se derrama,
que cual cetáceo enorme
levanta al cielo su acorada escama!

Y la nave se aleja
con la tremenda tempestad luchando,
rotas sus anclas, el timon partido,
y en la sombría inmensidad buscando
un puerto que no alcanza
guiada en los afanes de su duda
por la estrella polar de la esperanza!

Los genios de la noche se desatan:
la tempestad redobla sus furiosos;
el mar, cual monstruo herido en el combate
se agita en epilépticos temblores.
Cruje la espuma.—El huracán desgarrar
su parda vestidura;
y sobre aquella inmensidad horrible
que asemeja una negra sepultura,
se alza un doliente grito:
un grito sofocado de amargura,
cual la voz del que muero abandonado
en medio del desierto de la vida:
y un abismo que se abre, traga al náufrago,
y cruza por la esfera ennegrecida

como burla sangrienta,
el relámpago—¡risa de la muerte,
lanzada en el festín de la tormenta!
El mar—sepulcro helado
se abrió—cayó el cadáver
del náufrago infeliz y desolado,
en su fondo sombrío,
y allá, á lo lejos, desgarró en las peñas
el viento indócil, su sudario frío,
y la onda alzó sus encrespadas greñas
como el fiero titan de la leyenda,
lanzando sangre de su abierta boca,
vencedor en la homérica contienda!

.

II

¡Noche social, inmensidad sin astros!
¡siniestra soledad de todo auxilio,
donde no halla ni un eco la plegaria
del mártir desvalido
que arrastra su existencia solitaria
en la cárcel eterna del olvido!

El mar, es la desgracia que aniquila
la ansiosa aspiración del pensamiento
meteorito del cerebro—luz errante
que ilumina, al girar, el sentimiento!
el mar, es la miseria que anonada
el alma en la batalla de la vida!
El mar, es el dolor:—su espuma, burla:
es la onda amarga en cuyo seno anida
la ponzoña maldita que envenena!
el mar, es esa fauce, que devora
al desgraciado, que la ley condena:
¡al desgraciado que piedad implora
y arrastrando en el lodo su cadena,
con el semblante demacrado, llora!

¿Quién volverá á la vida
 el alma, muerta así—¡yerto cadáver,
 ¡el alma prostituida?
 ¿quien le dirá: "levanta" como á Lázaro?
 ¿quien la alzará del lodo, cuando eruja
 sobre ella el vendabal de los azares
 y se cierna el dolor, salvaje, hambriento
 cual brumas del turbion sobre los mares?
 ¿La sociedad?... ¡mentira!...
 la sociedad es muda; es un arcano:
 tambien es arrastrada en la corriente;
 ¡es la nave perdida en el océano,
 que va á estrellar en el peñon su frente!

 Y en tanto que en su bordo se derrama
 el clamor de la orgia,
 maldice un hombre á Dios sobre las olas,
 y la noche encendiendo sus andrajos
 contempla indiferente su agonía!

Montevideo, Agosto 9 de 1882.

La lucha

POR ABEL J. PEREZ

Del seno del volcan brota candente
 La lava tumultuosa y corre hirviendo
 A sepultar sus ondas en el mar;
 La nube que se estiende cenicienta,
 Guarda el germen de hórrida tormenta
 Pronto en breve su furia á desatar.
 El rayo que revienta en las alturas,
 Incendia las gigantes espesuras
 Que sustenta la encina secular;
 Y el huracan bramando poderoso,
 Con titánicas alas de coloso,
 Deja huellas de ruinas al pasar.

Pero el volcan, el rayo y la tormenta
 Que fulminan su furia en la violenta,
 Terrible y espantosa confusion;
 Cuando pasa su furia tras sí dejan,
 Como emblemas de muerte que se alejan,
 Lágrimas y pesar y destruccion.

Pero oculto en las ruinas de sus huellas,
 Cual radiantes, purísimas estrellas
 Que brillan en un cielo aterrador;
 En medio á los escombros del camino,
 Queda un germen titánico y divino
 Fecundado en sus horas de furor.

En el rudo vaiven de la existencia,
 Oculto en lo interior de la conciencia
 Como en el seno ardiente del volcan,

La pasión se desata borrascosa,
Como lava que corre tumultuosa,
Hija febril de indescriptible afán!

Se despierta de pronto, se estremece,
Se agita en el silencio, corre, crece
Con la fuerza fatal del huracán;
Y arrojándose al fin irresistible,
pretende abalanzarse á lo imposible
Tras que sus alas poderosas van!

Se levanta imponente con el brío
Del caudaloso y desbordado río
Que se lanza llenando la extensión;
Y como el rayo que en la altura vibra
Conduciendo la muerte, fibra á fibra,
Atlética destruye el corazón!

En la lucha del mal, ¡ruda tormenta!
Y en la pasión su símbolo se ostenta
Cuando salta en torrente arrollador,
Van muriendo en las sombras una á una,
Las ilusiones que albergó la cuna
Y agosta el soplo del primer dolor!

Y si en la lucha poderosa arranca
La flor de la inocencia pura y blanca
El huracán indómito al bramar:
Son hojas que arrebató la tormenta,
En cuyo seno misterioso alienta,
El germen que mañana ha de brotar!

En la lucha del Bien y del Abismo,
Brotó la clara luz al tiempo mismo
Que chocan en el mundo sin confín;
Al rudo choque el pedernal chispea,
Al chocar la pasión brota la idea,
Y sube en vuelo; á Dios; su eterno fin!

Del alma la misión grata y querida,

Es luchar, en principio de la vida,
El secreto tal vez del porvenir!
Ay! abatirse al no alcanzar un nombre,
No es la misión titánica del hombre,
Es blasfemar de Dios, es sucumbir!

Que no aparece el sol para el que ciego,
Cierra sus ojos al benigno fuego
Que espere su divino resplandor;
Ni descorre sus velos el destino,
Al que llora á la orilla del camino
Una esperanza mística y sin color!

El Bien de entre la ruina y los escombros,
De la victoria en los robustos hombros
Surjirá con excelsa majestad:
Y tras el rudo batallar fecundo,
Ha de brotar para salvar el mundo,
El germen de la eterna Libertad!

1880.

SUeltos

El Sr. Arechavaleta acaba de descubrir un pequeño organismo inferior á todos los que figuran en las clasificaciones científicas contemporáneas. Ese descubrimiento, como su autor lo observa, tiene gran importancia bajo el punto de vista de la explicación de los orígenes de la vida en nuestro planeta.

Hasta ahora se consideraba que los organismos mas rudimentarios, una vez que alcanzaban cierto grado de desenvolvimiento, se reproducían espontáneamente con más ó ménos independencia del medio externo. El *Helobius Oterii*, revela un tipo mas imperfecto y primitivo, pues su multiplicación depende de fuerzas exteriores que obran accidentalmente sobre el protoplasma en todos los períodos del desarrollo. Las hermosas láminas que acompañan al presente número dan idea de esa curiosa forma de reproducción.

El Sr. Arechavaleta completa de esa manera los trabajos que han hecho adquirir á Huxley y Hæckel una posición tan distinguida en los anales de la ciencia.

La memoria acerca de las causas de la tuberculosis que vá en el presente número, la hemos recibido directamente de Berlin para publicar en los ANALES.

Su autor, el Sr. Susviela Guareh, es uno de los antiguos obreros del Ateneo, y nos place en extremo verle colaborar de nuevo en nuestros trabajos.

Agradecemos al Señor Antonini y Diez el interés que manifiesta por nuestro periódico. A los trabajos que anteriormente nos ha enviado, tenemos que agregar la interesante crítica sobre el hermoso drama de Víctor Hugo, que publicamos en otro lugar.
